



Chagall, M (1958) *LA CREACIÓN DEL HOMBRE* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

Orar con los salmos

*Guiones para la oración en los grupos de
Cáritas Diocesana de Sevilla*

ORAR CON LOS SALMOS

Guiones para la oración

en los grupos de Cáritas Diocesana de Sevilla

Departamento de Acompañamiento a los Territorios, Formación y Voluntariado.

Materiales elaborados por el Departamento de Sagrada Escritura de la Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla.

Sevilla, septiembre 2020

Índice

Presentación	9
Introducción: el Salterio, libro de oración	11
Salmo 4. Súplica confiada	20
Salmo 6. Lamentación de un enfermo grave	26
Salmo 16 (15). Oración de confianza gozosa	32
Salmo 22 (21). Súplica desde el abandono	40
Salmo 27 (26). Salmo de confianza y súplica	48
Salmo 30 (29). Acción de gracias tras una grave enfermedad	56
Salmo 42-43 (41-42). Salmo del desterrado	64
Salmo 51. Miserere	72
Salmo 86 (85). Plegaria del pobre	80
Salmo 91 (90). Instrucción sobre la confianza en Dios	88
Salmo 130 (129). Súplica en la peregrinación	96
Salmo 118 (117). Liturgia de acción de gracias	104

*“Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados;
cantad y tocad con toda el alma para el Señor”
(Efesios 5,19)*

Presentación

La pandemia que estamos sufriendo está marcando nuestras vidas. Aunque hemos tenido que minimizar nuestros encuentros sacramentales y comunitarios, muchos han redescubierto el poder de la oración. ¿Qué hacer cuándo no se puede hacer nada?

La certeza de ser vulnerables nos ha hecho comprender que no somos distintos de aquellos amigos empobrecidos a los que servimos en nuestras Cáritas. También nosotros somos indigentes. También nosotros sentimos la necesidad de suplicar al buen Dios protección, salud, compañía y cariño.

Por otro lado, una de las cosas que más hemos agradecido en este tiempo —y seguimos agradeciendo— es que alguien, en el secreto de su cuarto o en las vigiliass de sus noches en vela, eleve una oración de intercesión por nosotros. «Ánimo, amigo, estoy rezando por ti». Pocas palabras pueden emocionarnos más y ayudarnos a comprender mejor que no estamos solos en esta situación delicada.

El pueblo de Dios es muy consciente del poder de la oración personal y comunitaria.

En este sentido, ha recibido de Dios un libro inspirado, el Salterio, compuesto de 150 salmos elaborados por orantes del antiguo Israel que también suplicaron a Dios en situaciones de indigencia, le dieron gracias por la salud recobrada, o le alabaron por su inmensa bondad.

Aunque a veces prefiramos libros de oraciones más actuales, no tenemos un manual mejor para orar que estas palabras bíblicas, sancionadas por Dios como suyas.

Así pues, los guiones de oración para este año consisten en doce esquemas a partir de once súplicas sálmicas más un himno de acción de gracias. Nuestra oración, como la de los antiguos orantes de Israel -y como la de tantos enfermos de coronavirus en la soledad de sus habitaciones de hospital- no es solo desahogo y petición, sino también compromiso comunitario con tantos que necesitan que alguien ore por ellos.

En conclusión, orar con y por los que sufren será nuestro primer servicio en este año como voluntarios de Cáritas.

*Carlos González Santillana.
Delegado episcopal de Cáritas Diocesana.*

Introducción: el Salterio, libro de oración

Creyentes de todos los tiempos y lugares han rezado a Dios con las frases de los salmos. ¿Quién no ha pedido alguna vez que el Señor lo ampare con la súplica: «Dios mío, ven en mi auxilio» (Sal 70,2); o ha encontrado paz con el salmo: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (23,1)? El Salterio —nombre que recibe el libro de los Salmos— fue el libro del pueblo de Dios que usó para orar, tanto en el culto público como en la devoción privada. Fue también el manual con el que el mismo Jesús aprendió a orar. En su infancia y juventud iría aprendiendo a poner en palabras su intensa relación con Dios Padre a medida que iba recitando de memoria los salmos. De hecho, sus últimas palabras en la cruz son súplicas tomadas de los salmos: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34; cf. Sal 22,2); «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46; cf. Sal 31,6); «tengo sed» (Jn 19,28; cf. Sal 22,16; 69,22).

En este folleto presentaremos doce salmos que tienen algo en común: son súplicas de personas en dificultad (enfermedades, persecuciones, exilio, mala conciencia, etc.) que elevan su oración al Señor. Dios tomó estas palabras antiguas y las reconoció como palabras inspiradas, Palabras de Dios. Por eso nosotros también somos invitados a hacer nuestras estas palabras para hablar a Dios con las mismas palabras que él nos regala.

Antes de comenzar es conveniente explicar algunas cuestiones prácticas que facilitarán la lectura y oración con los salmos.

Numeración

Con frecuencia los lectores buscan una cita de los Salmos en algún subsidio litúrgico y se dan cuenta, con fastidio, que dicha numeración no coincide con la de su Biblia. Por ejemplo, en una celebración penitencial se recomienda leer el Salmo 50, el *Miserere* («misericordia, Dios mío, por tu bondad...»); pero, cuando el lector lo busca en su Biblia, resulta que el Salmo 50 es otro, y que el *Miserere* viene numerado como Salmo 51. ¿Qué ha pasado?

Las biblias (la Sagrada Biblia de la Conferencia Episcopal, la Biblia de Jerusalén, la Casa de la Biblia, etc.) suelen seguir la numeración de la Biblia hebrea; mientras que en la liturgia se sigue la numeración de la Biblia griega, que fue después la que adoptó la Vulgata, Biblia latina que está a la base de nuestra liturgia. Hay algunas diferencias

entre las dos tradiciones: por ejemplo, los salmos 9 y 10 de la Biblia hebrea se funden en uno solo en la Biblia griega (el salmo 9), y eso hace que cambie la numeración de los posteriores. Hay otras anomalías. La siguiente tabla explica los cambios:

Biblia hebrea	Biblia griega (liturgia)
1-8	1-8
9/10	9
11-113	10-112
114/115	113
116,1-9	114
116,10-19	115
117-146	116-145
147,1-11	146
147,12-20	147
148-150	148-150
	151

Lo más fácil para el lector será darse cuenta de que normalmente las Biblia traen dos numeraciones, un número y después otro entre paréntesis. Por ejemplo, el *Miserere* es el Sal 51 (50). El primer número corresponde a la Biblia hebrea y suele ser el citado en la mayoría de los libros académicos o de lectura divulgativa. El segundo número, entre paréntesis, corresponde a la Biblia griega y es el seguido por la liturgia y la mayor parte de los documentos eclesiásticos.

Cuestiones básicas

Los salmos son oraciones cantadas de diversas épocas y autores que se fueron agrupando en colecciones, hasta alcanzar su disposición final. Es un libro único en la Biblia por tratarse de una colección de literatura de oración, petición y meditación. Si los materiales narrativos de la Escritura hacen referencia a lo que Dios ha hecho y la literatura profética nos presenta lo que Dios ha dicho, los Salmos recogen la respuesta del pueblo a los dichos y hechos de Dios.

Así pues, por usar un símil, el autor final del Salterio se parecería a aquel chico de parroquia que toma los diferentes folios de cantos que se usan en las diferentes épocas

y celebraciones (adviento, pascua, etc.) y hace un cancionero, más o menos ordenado, para que la comunidad pueda buscar fácilmente los cantos de cada celebración. Así, podemos identificar varias colecciones: Salmos de David (3-41; 51-71; 108-110; 138-145); Salmos de los hijos de Coré (42-49; 84-85; 87-88); de los hijos de Asaf (50; 73-83); de Yahvé rey (93-99); de las subidas (120-134); del aleluya (113-118; 136; 146-150), etc.

La mayor parte de los salmos eran usados en la liturgia del templo de Jerusalén por los levitas, los cantores oficiales de Israel. De hecho, el «salterio» es un instrumento musical que da nombre a todo el libro.

Estructura en cinco libros

El libro de los salmos es conocido como un conjunto ya en el siglo III a.C., aunque algunos salmos sean mucho más antiguos. En su forma final, el autor o autores intentaron imitar la Torá, nombre de los primeros cinco libros de la Ley (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio), ya que el Salterio también se distribuye en cinco libros: primer libro (salmos 1 al 41), segundo libro (salmo 42 al 72), tercer libro (salmo 73 al 89), cuarto libro (salmo 90 al 106) y libro quinto (107 al 150). Cada uno de estos cinco libros suele terminar con una doxología o expresión de la gloria de Dios. Por ejemplo, el primer libro termina: «Bendito el Señor, Dios de Israel, desde siempre y por siempre. Amén. amén» (Sal 41,14). El Salterio sería, por tanto, la Torá rezada. No podemos entrar en los pormenores de esta distribución final, pero sí reseñamos, al menos, que los salmos están distribuidos de forma que se comienzan con súplicas en los primeros libros y se va tendiendo hacia la alabanza de los himnos en el final: de la suplica a la alabanza, ese es el recorrido tanto de los salmos como de la oración en general.

Títulos

La mayoría de los salmos suele tener un pequeño título inicial que a veces simplemente menciona su autor (De David, de Asaf, de los hijos de Coré, etc.); a veces hace anotaciones musicales («según la melodía “la cierva de la aurora”»: Sal 22,1; «cántico de amor»: Sal 45,1), o ambienta históricamente el salmo («cuando el profeta Natán visitó a David, después de haberse unido aquel a Betsabé»: Sal 51,1). Estos

titulitos fueron añadidos posteriormente, pero en ocasiones son útiles a la hora de comprender cómo y cuándo oraban los judíos con cada salmo.

Géneros de los salmos

No todos los salmos son iguales. Los estudiosos han identificado diferentes géneros que ayuda a comprenderlos mejor, aunque cada uno de ellos sea único. El género más numeroso es el de los himnos, alabanzas al Dios que actúa en la creación y en la historia (Salmo 8; 19; 29; 33, los himnos de Yahvé rey, 93, 96-99, etc.). Los himnos solían ser cantados en el culto del templo y suelen comenzar por una invitación himnica («alabad al Señor, todas las naciones»: 116,1) y continuar por un elenco de motivos («firme es su misericordia con nosotros»: 116,2).

Otro género muy común es el de las súplicas (Sal 5-7; 17; 22, etc.), oraciones tanto individuales como colectivas dirigidas a Dios para que libre al orante de una dificultad (enfermedad, persecución, destierro, etc.). La estructura base suele comenzar por una introducción invocando a Dios, la descripción de la situación apurada, la súplica y los motivos, y suele terminar con una profesión de confianza. Las acciones de gracias son súplicas en las que se incide en el final venturoso (Sal 9-10; 40, etc.). Los doce salmos escogidos en estos guiones pertenecerán al género de las súplicas.

Un tercer grupo, menos formalizado, es el de los salmos didácticos, cuya finalidad es enseñar y transmitir la fe en el Dios de Israel. En este grupo podemos incluir los salmos históricos (78; 105; 106), que cantan las hazañas del Señor en el pasado; los salmos litúrgicos, que describen procesiones en el templo (15; 24; 91; 95; 134); los salmos proféticos, que comunican oráculos divinos (14; 50; 52; 53; 75; 81); o los salmos sapienciales, que son reflexiones y exhortaciones a una vida sabia, temiendo al Señor (1; 37; 49; 73; 112; 119; 127; 128; 133; 139).

No obstante, aunque los salmos puedan ser analizados a partir de estos y otros géneros menores, cada salmo es original y debe ser leído y rezado en su especificidad.

Salmos: poesía y oración

Los salmos son poemas para orar. Hay que leerlos por tanto con sensibilidad poética. Sin embargo, los recursos poéticos de los antiguos no eran iguales que los que usamos actualmente. Así, por ejemplo, los versos en hebreo no riman.

El procedimiento más típico de la poesía hebrea es el paralelismo, repetir la misma idea con otras palabras: «Sé tú mi roca de refugio, *el alcázar donde me salve*» (Sal 71,3); «bendice, alma mía, al Señor; y *todo mi ser a su santo nombre*» (Sal 103,1); «alabad al Señor todas las naciones, *aclamadlo todos los pueblos*» (Sal 116,1). Obsérvese como las frases subrayadas son variaciones semánticas de la primera parte del verso. Estas repeticiones sirven para dilatar, mantener, repensar, amplificar, dejar un eco poético y emocional de la idea expresada. Son un modo de prolongar la exclamación sin perder la intensidad. Además, se establece como una especie de diálogo poético en el que el salmista expresa una idea y solicita al orante su participación con una respuesta: el paralelismo es su propuesta. Pero en la repetición siempre hay una diferencia, un salto gratuito de sentido, una novedad que permite dilatar la idea. Ahí radica la profundidad poética.

Además, los autores de los salmos emplean otros recursos poéticos como repeticiones de palabras y expresiones, quiasmos, símiles, metáforas, que ayudan a generar a atmósfera poética, etc. Y es que la poesía es un modo de expresar significados profundos, apasionados, a veces contradictorios, no fácilmente comunicables de otra manera.

En conclusión, el lector de los salmos debe acercarse a ellos con deseo y delicadeza para leer con sensibilidad su poesía y así poder hacer suya la experiencia orante que en ellos se alberga.

Nuestro método de oración con los salmos

Jesús resucitado en su última aparición a sus discípulos les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y *en los Salmos* acerca de mí» (Lc 24,44). Así pues, los Salmos hablan de Jesús.

Tomando pie de esta convicción, decía san Agustín: «Cuando oímos un salmo, escrito antes de venir nuestro Señor Jesucristo en nuestra carne, todo nuestro interés se centra en ver allí a Cristo, en entender allí a Cristo. Diríjíos, pues, conmigo a investigar este salmo y busquemos en él a Cristo, pues sin duda se mostrará a los que le buscan; Él que se manifestó a los que no le buscaban, y no abandonará a los que le desean; Él que redimió a los que no se preocupaban de Él» (*Enarraciones sobre los salmos*, Salmo 98,1). Esta forma de leer el salmo en boca de Cristo —denominada de forma técnica

«prosopología»— fue muy del gusto de los santos Padres que vivieron en los primeros siglos del cristianismo.

Así pues, para seguir este sabio consejo de san Agustín, y tras ponernos en actitud orante, daremos tres pasos en nuestra oración con los salmos:

1. *El salmo rezado por el orante.* Primero intentaremos comprender el salmo en su contexto original. Se trata de hacer un ejercicio de empatía: trataremos de captar qué quiso decir el primer autor del salmo, ¿qué le pasaba? ¿por qué suplicaba a Dios? ¿cómo se sentía?
2. *El salmo rezado por Cristo.* Seguidamente, haremos caso a san Agustín y leeremos el salmo en boca de Cristo. Ciertamente Jesús oró con los salmos en su vida terrena. Se trata de hacer un ejercicio de imaginación espiritual y preguntarnos: ¿cómo pudo rezar este salmo Jesús? ¿qué nos dice el salmo de él? Quizás nos habla de sus sufrimientos en la pasión, o de su gloriosa victoria en la resurrección; quizás nos enternecerá pensar que él hizo suyas nuestras aflicciones y pobreza. Podrás, así pues, redescubrir a Jesús como tu hermano divino que ora tus mismas oraciones.
3. *El salmo rezado por ti.* Finalmente, orearemos con cada salmo en primera persona. Trataremos de hacer nuestros los versos de cada poema, y aplicaremos sus frases a nuestra vida, voluntarios de Cáritas que quieren ser fieles a Dios y servir a los empobrecidos en una situación de pandemia global.

Algunas recomendaciones prácticas

Sería bueno que el responsable de la oración adaptara cada guion a las circunstancias de la reunión del equipo de Cáritas (tiempo, espacio, número de participantes, etc.). No es necesario cubrir todos los pasos.

La forma más breve y sencilla de orar con estos salmos sería invitar a la oración, guardar un poco de silencio, leer el salmo en voz alta (un solista, a dos coros, cada uno lee un verso, etc.) y después repetir aquella frase que más ha tocado el corazón de los presentes.

Sin embargo, es recomendable ahondar un poquito más para ir, poco a poco, conociendo mejor los salmos y así aprender a orar más y mejor. Los textos y comentarios aportados pueden servir para la oración personal en casa, para una sesión de oración

un poco más larga en grupo, o para orientar un comentario en voz alta del sacerdote o el responsable de la oración.

Al final, en la sección «para pensar: el salmo leído por otros», añadimos algún texto del magisterio, un santo o alguien significativo que, a partir del salmo, ha desarrollado alguna reflexión que da que pensar.

Bibliografía

Hay muchísimos libros que explican los salmos y ayudan a comprenderlos mejor. Mencionamos solo algunos:

- Gonzalo FLOR SERRANO, *Los Salmos*. Texto y comentario (Madrid, La Casa de la Biblia, 1997). Es un libro sencillo y precioso, que explica cada salmo con profundidad. Gonzalo fue, además, sacerdote de nuestra diócesis y un gran servidor de los pobres. Es nuestra primera recomendación.
- Luis ALONSO SCHOKËL – Cecilia CARNITI, *Salmos I-II*. Traducción, introducciones y comentario (Estella, Verbo Divino, 1993). Luis Alonso ha sido el gran profesor de los Salmos en el ámbito hispano. Esta obra, aunque un poco especializada, es un útil comentario a todos los salmos
- Hilari RAGUER SUÑER, *Para comprender y vivir los salmos* (Estella, Verbo Divino, 2011). Libro divulgativo escrito por un monje benedictino muy docto en los salmos.
- Ignacio CARBAJOSA, *Salmos*. Tomo I: Salmos 1-72 (Madrid, BAC, 2018). Comentario actual de alta divulgación. En breves fechas saldrá el tomo II.



Chagall, M (1966) *EL ARCA DE NOÉ* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

Salmo 4
SÚPLICA CONFIADA

Ambientación

Orar es abrirse a la presencia de una compañía que nos salva. Tranquiliza tu cuerpo y amansa tu alma. Disponte a un silencio fecundo en el que Dios pueda hablarte a través de su palabra. Invoca al Espíritu Santo y encomienda a los hermanos que oran contigo. Dile a Dios, como el salmista, «ten piedad de mí y escucha mi oración» (Sal 4,2).

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «Muéstranos, Señor, la luz de tu rostro» (Salmo 4: Athenas & Tobías Buteler): <https://www.youtube.com/watch?v=PaPcpUCQYZo>

«Nada te turbe» (Taizé): <https://www.youtube.com/watch?v=go1-BoDD7CI>

Explicación del salmo

El orante de este salmo es un viejo amigo de Dios. Él tiene experiencia de que ya en otras ocasiones Dios le ha escuchado («en el aprieto me diste anchura»: Sal 4,2).

Por eso ahora le eleva su súplica en una situación de dificultad. Lo que más llama la atención en el texto es la profunda confianza del orante.

Por un lado, el salmista se dirige a unos hombres que lo ultrajan y llevan una vida apartada de Dios (4,3-6). Les invita a aprender de su experiencia personal: Dios siempre se ha preocupado de sus problemas; por eso los anima a reflexionar «en el silencio de su lecho» (4,5) y cambiar de conducta. El que confía en el Señor no quedará defraudado.

Por otro lado, el salmista dialoga con Dios expresando su confianza ilimitada (4,7-9). Es un hombre de campo, por eso dice que el Señor le da más alegrías que las de una buena cosecha (4,8). Seguidamente, el orante transforma la imagen del sueño: si los adversarios debían pasar las noches recapacitando sobre su mala conducta (4,5), él se duerme en seguida porque el Señor le hace reposar tranquilo (4,8). El salmo, como un río, acaba en el mar de la paz.

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 4

¹ *Al Director. Con instrumentos de cuerda. Salmo de David.*

² Escúchame cuando te invoco, Dios de mi justicia;
tú que en el aprieto me diste anchura,
ten piedad de mí y escucha mi oración.

³ Y vosotros, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi honor,
amaréis la falsedad y buscaréis el engaño? (Pausa)

⁴ Sabedlo: el Señor hizo milagros en mi favor,
y el Señor me escuchará cuando lo invoque.

⁵ Temblad y no pequéis,
reflexionad en el silencio de vuestro lecho; (Pausa)

⁶ ofreced sacrificios legítimos
y confiad en el Señor.

⁷ Hay muchos que dicen: «¿Quién nos hará ver la dicha,
si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?».

⁸ Pero tú, Señor, has puesto en mi corazón más alegría
que si abundara en su trigo y en su vino.

⁹ En paz me acuesto y enseguida me duermo,
porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo.

Orar es tratar de escuchar a otro: un buen ejercicio a tal fin es hacer nuestras las palabras de otro orante. Relee el salmo intentando captar las circunstancias y sentimientos de su primer autor. Deja que las palabras vayan calando en ti lentamente.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Los versos del Salmo 4 pueden ser aplicados, uno por uno, a Jesús. Él confió ilimitadamente en el favor de Dios y enseñó esta confianza cuando predicaba «pedid y se os dará, buscad y hallaréis...» (Mt 7,7). Él invocó a Dios en Getsemaní. Fue ultrajado y, sin embargo, exhortó a la conversión de sus enemigos. Finalmente, Jesús se durmió tranquilo en la cruz con la confianza puesta en el Padre: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

Imagina a Jesús rezando con este salmo. Intenta comprender sus palabras a la luz de su vida. Así conocerás un poquito mejor a tu Señor.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Por fin reza con el salmo en primera persona. Esta oración se presta a un diálogo confiado con el Señor. Nuestras dificultades y contrariedades, los problemas de nuestros amigos y las lacerantes injusticias que presenciamos no tienen la última palabra. Reconoce que puedes dormir tranquilo porque el Señor se cuida de ti. Abandónate en Dios. Cada uno puede repetir en voz alta la frase del salmo que más peso ha dejado en su interior.

Oración final

Padre bueno,
muchas veces damos vueltas en nuestro lecho
debido a preocupaciones y desvelos.
Haznos vivir y dormir tranquilos.
Enséñanos a descansar y confiar en ti.
Tú, alfarero divino, nos moldeaste;
no abandones la obra de tus manos.
Amén.

Para pensar: el salmo leído por otros

«*El Señor me escuchará, cuando haya gritado a él.* Creo que aquí se nos amonesta a implorar la ayuda de Dios con gran aplicación del corazón, esto es, con un grito interno e incorpóreo, porque, como hay que felicitarse por la iluminación *en esta vida* (1 Cor 15,19), así hay que orar por el descanso tras esta vida. Por tanto, o de la persona del creyente que evangeliza, o de la persona del Señor mismo hay que entenderlo como si dijera: *el Señor os escuchará, cuando hayáis gritado a él*».

(San AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarraciones sobre los salmos*, Salmo 4,5).

«Es don de tu santa voluntad, ¡oh Señor!,
que yo pueda acostarme en paz y despertarme de la misma manera.
Que ninguna pesadilla ni ninguna visión impura altere mi sueño.
Que mi descanso sea el de la inocencia y, después del tiempo del sueño,
devuelve la luz a mis ojos, sin hacerme dormir en el sueño de la muerte,
porque tú eres quien das la luz a las pupilas de mis ojos.
¡Bendito eres tú, oh Eterno, que iluminas el mundo con tu gloria!».

(Oración sinagoga de la tarde. G. RAVASI, *Il libro dei Salmi*, I, pp. 132-133).



Chagall, M (1966) *NOÉ Y EL ARCO IRIS* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

Salmo 6
LAMENTACIÓN DE UN ENFERMO GRAVE

Ambientación

Vamos hoy a disponernos a rezar unidos a todos los que están gravemente enfermos. El orante dirá en el salmo de hoy «estoy agotado de gemir... riego mi cama con lágrimas...» (Sal 6,8). ¡Cuántas lágrimas se han derramado en las habitaciones solitarias de los hospitales durante esta pandemia! Sintámoslas como nuestras. Oremos desde ellas.

Comencemos encomendando a Dios a todos los enfermos, especialmente a aquellos más cercanos a nosotros. Podemos decir en voz alta el nombre de aquel enfermo o enferma por la que ofrecemos hoy la oración.

Dejemos un poco de silencio y imploremos, como el salmista, la misericordia de Dios.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «En mi debilidad» (Brotos de Olivo): <https://youtu.be/exV7J7FOWwE>

Explicación del salmo

Este salmo no es fácil de comprender, como tampoco la vida es a veces fácil. Se trata de la lamentación de un enfermo grave, que siente que la vida se le escapa. Él se siente, además, culpable («Señor, no me corrijas... no me castigues...»: 6,2) y, para más inri, tiene enemigos que le desean el mal. Grave enfermedad exterior, soledad interior, mala conciencia, hostilidad de enemigos, abandono de Dios, ¿se puede estar peor?

En esta situación terrible, el orante clama a Dios. Ese es su único desahogo. Solo le queda suplicar que el Señor lo salve «por su misericordia» (6,5) y porque, de lo contrario, perderá a uno de los fieles que lo alaban (6,6). La oración desde sufrimiento es purificadora, ya que transforma el dolor solitario en esperanza.

Finalmente, el orante proclama que el «el Señor ha escuchado mi súplica; el Señor ha aceptado mi oración» (6,10). A veces preferimos no lamentarnos por temor a enojar a Dios. Sin embargo, Dios acepta toda oración que nazca sincera del corazón. Por eso Dios la acepta. No se dice que haya sido curado. Podría suceder simplemente

que la oración ha transformado la actitud del enfermo. Ahora ha encontrado un sentido y encara el futuro con esperanza, sabiéndose en las manos de Dios.

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 6

¹ *Al Director. Con instrumentos de cuerda. Salmo de David.*

² Señor, no me corrijas con ira,
no me castigues con cólera.

³ Misericordia, Señor, que desfallezco;
cura, Señor, mis huesos dislocados.

⁴ Tengo el alma en delirio,
y tú, Señor, ¿hasta cuándo?

⁵ Vuélvete, Señor, liberta mi alma,
sálvame por tu misericordia.

⁶ Porque en el reino de la muerte nadie te invoca,
y en el abismo, ¿quién te alabará?

⁷ Estoy agotado de gemir:
de noche lloro sobre el lecho,
riego mi cama con lágrimas.

⁸ Mis ojos se consumen irritados,
envejecen por tantas contradicciones.

⁹ Apartaos de mí los malvados,
porque el Señor ha escuchado mis sollozos;

¹⁰ el Señor ha escuchado mi súplica,
el Señor ha aceptado mi oración.

¹¹ Que la vergüenza abrume a mis enemigos,
que avergonzados huyan al momento.

Siente el dolor exterior e interior del salmista. Orar, como amar, es ponerse en la piel del otro. Deja que el sufrimiento del salmista penetre en tu interior para hacerlo tuyo y elevar desde lo hondo tu súplica al Señor. Repasa el salmo, poco a poco, hasta conocerlo mejor.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Jesús descendió a los pozos más hondos de la debilidad humana. Dice la carta a los Hebreos que «Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte» (Heb 5,7). No solo podemos traer a la memoria las experiencias límites de Getsemaní y el Calvario. Él también experimentó en primera persona el terror de la muerte cuando contempló con tristeza el dolor la viuda de Naín que había perdido a su hijo único (Lc 7,11-17) o cuando se conmovió profundamente al ver el llanto de María por la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11,33).

Relee el texto identificando el yo del salmo con Jesús. Es cierto que Cristo no cometió pecado y no debió ser corregido. Pero él asumió nuestras culpas poniéndose en la fila de los pecadores para ser bautizado por Juan en el Jordán (Mt 3,13-17). Déjate impresionar por la oración de Jesús. Los sufrimientos de todos los hombres caen hoy sobre sus espaldas y él ora, cargándolos en su cruz, con este salmo.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

En tercer lugar, reza el salmo en primera persona. También tú tienes tus propios dolores y sufrimientos personales. También tú «de noche lloras sobre el lecho» (Sal 6,7). Presenta a Dios tus problemas. Si quieres, lo puedes hacer en voz alta para que tus compañeros recen por ti.

Ensancha la mirada, y únete a todos los que sufren. Vuelven a recordar a aquella persona que nombrarse al inicio de la oración y encomiéndalo al Señor.

Únete con este salmo, finalmente, a la lamentación universal de los que invocan al Dios Salvador.

Oración final

Jesús, hermano nuestro,
tú que lloraste en la muerte de tu amigo Lázaro,
y derramaste lágrimas por Jerusalén la ciudad santa,
escucha nuestra súplica
y enjuga las lágrimas de todos los que lloran en nuestro mundo.
Jesús, pastor de nuestras almas,
transforma las lágrimas de nuestra vida
en cantares de fiesta y alabanza.
Amén

Para pensar: el salmo leído por otros

«David pecó una noche y lloró todas las noches, por lo cual es dichoso, así pues: Dichosos los que lloran (Mt 5,4)» (San Efrén de Nísibe)

(Luis ALONSO SCHÖKEL – Cecilia CARNITI, *Salmos*, I, p. 197).

«Más que la oración de un enfermo, como es realmente, este salmo puede ser para nosotros la oración de un pecador. Un pecador que se refiere a dos exigencias fundamentales de la fe: la comunión con Dios y la confianza en la gracia y en la palabra liberadora de Dios. Sin estas dos opciones, el hombre es expulsado fuera del circuito de la vida, de la comunidad creyente y orante; él está ya en el sheol, en la muerte. Con Maurice Barrès, escritor francés, primero intimista y después nacionalista (1862-1923), podemos también nosotros acoger este mensaje “penitencial”: “¿Quién creería que un muchacho de diez años podía recitar con deseo los salmos penitenciales? (...) Ellos eran para mí una tabla, una promesa de salvación”».

(Gianfranco RAVASI, *Il libro dei Salmi*, I, p. 163).



Chagall, M (1966) ABRAHAM Y LOS TRES ÁNGELES (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

Salmo 16 (15)
ORACIÓN DE CONFIANZA GOZOSA

Ambientación

Orar es tomar conciencia de que «tengo siempre presente al Señor» (Sal 16,8) y confiar en que «con él a mi derecha no vacilaré» (16,8).

Ponte en presencia del Dios Trinidad de personas: invoca al Espíritu Santo para que sea maestro interior de tu oración; saluda a Jesús, él te quiere enseñar «el sendero de la vida» (16,10); dile al Padre: «Tú eres mi Dios» (16,2).

Serena tu cuerpo y dispón tu alma a disfrutar con este rato de oración, porque, ¿hay algo más gozoso que dejarse amar por Dios? Esto es orar.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «Protégeme, Dios» (Taizé):

<https://www.youtube.com/watch?v=5rA3iChjZSw>;

«Protégeme, Dios mío» (Athenas & Tobías Buteler):

<https://www.youtube.com/watch?v=8nHtQvW6mEY>

Explicación del salmo

La confianza íntima, la alegría entrañable y la esperanza cierta son los sentimientos dominantes de este salmo. Si bien el orante comienza con una súplica («Protégeme, Dios mío»), el resto del texto es un precioso poema de fe en Dios.

Los primeros versículos están corrompidos en el texto hebreo que nos ha llegado a nosotros. A pesar de ello, podemos intuir que el orante parece contraponer el culto a los ídolos («yo no derramaré las libaciones de los dioses extraños»: 16,4) a un culto honesto, fuente de todo bien (16,2).

Dios es el refugio del orante donde se encuentra a salvo, el lote de su heredad, y la copa en la que se echan las suertes. Por eso, nada teme. El salmista multiplica las metáforas para expresar cuán amado se siente de Dios. Todo su cuerpo se estremece de alegría («se alegre el *corazón*, se gozan mis *entrañas*, mi *carne* descansa esperanzada»: 16,9).

La confianza ilimitada del orante no solo le hace vivir tranquilo en el presente, sino que también le hace contemplar con esperanza el futuro: ni siquiera la tumba podrá con él, ya que Dios «no dejará a su fiel ver la corrupción» (16,10); antes bien, le enseñará «el sendero de la vida» y lo saciará «de alegría perpetua a su derecha» (16,11).

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 16 (15)

¹ *Epigrama. De David.*

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

² Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».

No hay bien para mí fuera de ti.

³ En los santos que hay en la tierra, varones insignes,
pongo toda mi complacencia.

⁴ Se multiplican las desgracias
de quienes van tras dioses extraños;
yo no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

⁵ El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano:

⁶ me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

⁷ Bendeciré al Señor que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.

⁸ Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

⁹ Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa esperanzada.

¹⁰ Porque no me abandonarás en la región de los muertos
ni dejarás a tu fiel ver la corrupción.

¹¹ Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

El orante ha contado su honda experiencia de Dios. Lo siente con él y en favor de él. Por eso escribe el salmo, para que sirva de estímulo a otros, como tú.

Así pues, repasa con gusto el salmo. Que los gozosos sentimientos del salmista contagien tu corazón. Déjate llevar por su fe entrañable y su alegría desbordante. ¡Qué delicia sentir a Dios así! Lee y relee hasta que el Señor te conceda el don de saberle en su presencia.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Cristianos de todas las épocas han leído este salmo como referido a Cristo. Ya Pedro, en el primer discurso de los Hechos de los Apóstoles que pronuncia en el templo de Jerusalén en el día de Pentecostés, dice que David escribió este salmo refiriéndose a la resurrección de Jesús (Hch 2,24-28); y también Pablo, en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, le recuerda a los judíos el salmo para confirmar que Dios había previsto resucitar al crucificado (Hch 13,35).

Relee el salmo, poco a poco, como rezado por Cristo. Goza al contemplar qué palabras tan bonitas le dirige el Hijo a su Padre: Dios es mi refugio, dice Jesús. El lote hermoso de Cristo es su Iglesia, inosotros! Con Dios Padre a su derecha, Cristo vencerá a todos los enemigos, incluso el último de ellos: la muerte (1 Cor 15,26). Jesucristo está ahora a la diestra del Padre en los cielos, alegre y glorioso. Goza de él y con él.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Por último, reza el salmo en primera persona. Tú también puedes sentir que Dios es tu refugio, por eso le suplicas: «Protégeme, Dios mío». Ningún bien de esta tierra (dineros, casas, títulos, etc.) son más valiosos que su amor. Déjate llevar por los piropos que el salmista dirige a Dios («el Señor es el lote de mi heredad... me encanta mi heredad») y compón tú otros nuevos. ¿Qué cosas bonitas puedes decirle a Dios? Quizás tú podrías también escribirle un salmo parecido al Señor.

Relee el texto y repite en voz alta aquella frase que especialmente te ha tocado el corazón.

Oración final

Dios, Padre nuestro,
tú eres nuestro refugio,
nuestro sumo bien,
y la heredad que nos encanta.
Fortalece nuestra fe
para que caminemos por el sendero de la vida;
y acrecienta nuestra esperanza
para que en el último día
podamos saciarnos de alegría perpetua a tu derecha.
Amén

Para pensar: el salmo leído por otros

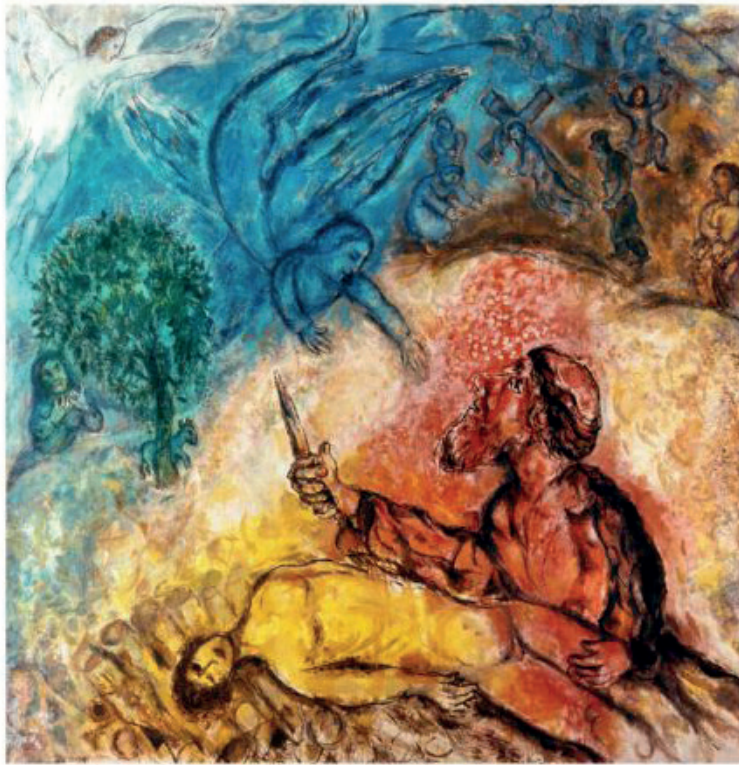
«El salmo 15 desarrolla (...) el símbolo de la “heredad”, término que domina los versículos 5-6. En efecto, se habla de “lote de mi heredad, copa, suerte”. Estas palabras se usaban para describir el don de la tierra prometida al pueblo de Israel (...) San Agustín comenta: “El salmista no dice: ‘Oh Dios, dame una heredad. ¿Qué me darás como heredad?’, sino que dice: ‘Todo lo que tú puedes darme fuera de ti, carece de valor. Sé tú mismo mi heredad. A ti es a quien amo’. (...) Esperar a Dios de Dios, ser colmado de Dios por Dios. Él te basta, fuera de él nada te puede bastar (*Sermón 334, 3: PL 38, 1469*)».

(San JUAN PABLO II, *Audiencia general*. Miércoles 28 de julio de 2004).

«Habla Cristo por medio del profeta [David] (...) Cristo habla como sumo pontífice: el Señor es su porción. Por tanto, la herencia de Cristo es el Padre y además el pueblo que el Padre le da (...) Quien ha renunciado a todo en este mundo, puede decir: Dios es mi porción para siempre. El Señor se hace pan comunicando su doctrina y confirmando el corazón del que lo come; se hace copa por la contemplación de la verdad, dando el gozo del conocimiento a quien bebe con amor. La viña verdadera nos ofrece la copal, y el que bebe dice agradecido: Me has llenado de gozo el corazón (...). Cristo es el primer cuya carne ha reposado con esperanza. ¿Qué esperanza? No solo de resucitar, sino de subir al cielo. Al que ha seguido el camino de la vida corresponde gustar la dulzura de

la diestra de Dios, donde reside la sabiduría y la verdad que es el Hijo único. La palabra de Dios encarnada canta este salmo en cuanto hecha hombre. Lo cual no excluye que sea Dios y que dé a conocer el camino de la vida».

(ORÍGENES DE ALEJANDRÍA, en Luis ALONSO SCHÖKEL – Cecilia CARNITI, *Salmos*, I, pp. 302-303).



Chagall, M (1966) *EL SACRIFICIO DE ISAAC* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

Salmo 22 (21)
SÚPLICA DESDE EL ABANDONO

Ambientación

Dice el salmista que «desde el vientre materno tú eres mi Dios» (Sal 22,11). Orar es tomar conciencia de que Dios está siempre con nosotros. Él fue quien nos formó en el seno de nuestra madre y seguirá pendiente de nosotros más allá de la muerte.

Haz silencio y toma conciencia de su presencia. En nadie más que en él puedes confiar, como «confiaron en él nuestros padres» (Sal 22,5). Invoca al Espíritu Santo y disponte a orar junto con tus hermanos.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Jésed): <https://www.youtube.com/watch?v=mz2Suq4ylbs>; «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Athenas & Tobías Buteler): <https://www.youtube.com/watch?v=3JDiJoNS7rQ>

Explicación del salmo

El creyente que reza este salmo está pasándolo muy mal. Se siente como el agua derramada o compara su corazón con la cera que se derrite (Sal 22,15). Para describir su situación no duda en usar palabras gruesas: es como un gusano (22,7), maltratado y lacerado no solo por sus enemigos, que son como bestias (novillos, toros, leones, una jauría de mastines), sino incluso por su Dios. Por eso se lamenta con un grito herido: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (22,2). Y, a pesar de sus gritos, no ve que el Señor le responda.

Este salmo, reconocido como Escritura santa, enseña que el creyente debe ser sincero y decirle a Dios lo que siente, aunque a veces le parezca inapropiado. Dios espera siempre la sinceridad de cada corazón. La lamentación no es blasfemia; la indiferencia y el olvido de Dios, sí.

La oración sincera, a veces descarnada, pero perseverante, conduce al orante, poco a poco, desde el grito de auxilio y la súplica (22,2-22) a la acción de gracias (22,23-32). Dios actúa finalmente y lo salva, por eso él contará su fama a sus hermanos, en medio de la asamblea le alabará (22,3). Así pues, aunque nos parezca que Dios nos abandona, al final siempre está. El recorrido del salmo —desde el abandono al agradecimiento— así lo demuestra.

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 22 (21)

¹ *Al Director. Sobre «la cierva de la aurora». Salmo de David.*

² Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

A pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza.

³ Dios mío, de día te grito, y no respondes;

de noche, y no me haces caso.

⁴ Porque tú eres el Santo y habitas entre las alabanzas de Israel.

⁵ En ti confiaban nuestros padres;

confiaban, y los ponías a salvo;

⁶ a ti gritaban, y quedaban libres;

en ti confiaban, y no los defraudaste.

⁷ Pero yo soy un gusano, no un hombre,

vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;

⁸ al verme, se burlan de mí,

hacen visajes, menean la cabeza:

⁹ «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;

que lo libre si tanto lo quiere».

¹⁰ Tú eres quien me sacó del vientre,

me tenías confiado en los pechos de mi madre;

¹¹ desde el seno pasé a tus manos,

desde el vientre materno tú eres mi Dios.

¹² No te quedes lejos, que el peligro está cerca y nadie me socorre.

¹³ Me acorrala un tropel de novillos, me cercan toros de Basán;

¹⁴ abren contra mí las fauces leones que descuartizan y rugen.

¹⁵ Estoy como agua derramada,

tengo los huesos descoyuntados;

mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas;

¹⁶ mi garganta está seca como una teja,

la lengua se me pega al paladar;

me aprietas contra el polvo de la muerte.

¹⁷ Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,

¹⁸ puedo contar mis huesos.

Ellos me miran triunfantes,

¹⁹ se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica.

²⁰ Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

²¹ Líbrame a mí de la espada,
y a mi única vida de la garra del mastín;

²² sálvame de las fauces del león;
a este pobre, de los cuernos del búfalo.

²³ Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.

²⁴ «Los que teméis al Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel;

²⁵ porque no ha sentido desprecio
ni repugnancia hacia el pobre desgraciado;
no le ha escondido su rostro:
cuando pidió auxilio, lo escuchó».

²⁶ Él es mi alabanza en la gran asamblea,
cumpliré mis votos delante de sus fieles.

²⁷ Los desvalidos comerán hasta saciarse,
alabarán al Señor los que lo buscan.

¡Viva su corazón por siempre!

²⁸ Lo recordarán y volverán al Señor hasta de los confines del orbe;
en su presencia se postrarán las familias de los pueblos,

²⁹ porque del Señor es el reino,
él gobierna a los pueblos.

³⁰ Ante él se postrarán los que duermen en la tierra,

ante él se inclinarán los que bajan al polvo.
Me hará vivir para él,
³¹ mi descendencia lo servirá;
hablarán del Señor a la generación futura,
³² contarán su justicia al pueblo que ha de nacer:
«Todo lo que hizo el Señor».

Relee el salmo haciendo un ejercicio de empatía: tratando de hacer tuyos los sentimientos y expresiones del orante.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Los primeros cristianos releyeron este salmo como profecía de los sufrimientos de Jesús. En la pasión, al verlo, muchos se burlaron de él, como anunciaba el Salmo, le hacían visajes y meneaban la cabeza contra él en señal de burla (Sal 22,8; Mc 15,29; Mt 27,29.39); se repartieron sus vestidos (Sal 22,19; Mc 15,24; Mt 27,35; Lc 23,34) y echaron a suerte su túnica (Sal 22,19; Jn 19,24). Más aún, según Marcos y Mateo, las últimas palabras de Jesús antes de morir fueron el grito inicial del salmista, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 22,2; Mc 15,34; Mt 27,46).

Sin embargo, la oración del Señor no termina en la cruz. La carta a los Hebreos pone en boca de Jesús el anuncio final de salvación: «Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré» (Sal 22,23; Heb 2,12). La resurrección vence a la cruz. Jesucristo resucitado está hoy en medio de su Iglesia elevando al Padre la alabanza de la asamblea en fiesta.

Relee el salmo como si Jesús lo dijera en primera persona. Contempla a Jesús, humilde y paciente en la pasión, glorificado en la resurrección, rezando con el Salmo 22. Sus palabras te ayudarán a conocer mejor los sentimientos de Cristo.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Finalmente, relee el salmo lentamente y repara en aquel verso o expresión que mejor refleja tu situación actual o la de alguien cercano a ti. Quizás tú te sientas abandonado y defraudado; quizás puedas hacer también una profesión de confianza.

Repite las palabras en voz alta, para dar vida al Salmo en medio de la comunidad.

Oración final

Señor Jesús,
tú que compartiste nuestros sufrimientos más íntimos,
hasta experimentar el abandono de tu Padre,
escucha hoy nuestra oración sincera
y danos fuerzas para perseverar en medio del dolor.
Ayúdanos a cuidar de los que se sienten solos y abandonados,
para que, fortalecidos por tu gracia,
podamos contar tu fama a nuestros hermanos,
y en medio de la asamblea alabarte sin fin.
Amén.

Para pensar: el salmo leído por otros

«§ 603: Jesús no conoció la reprobación como si él mismo hubiese pecado (cf. Jn 8,46). Pero, en el amor redentor que le unía siempre al Padre (cf. Jn 8,29), asumió nuestra condición humana, aún estando nosotros alejados de Dios por nuestro pecado, hasta el punto de poder decir en nuestro nombre en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15,34; Sal 22,2). Al haberle hecho así solidario con nosotros, pecadores, “Dios no escatimó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (Rm 8,32) para que fuéramos “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rm 5,10).

§ 604: Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios,

sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4,10 cf. 1 Jn 4,19). “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5,8)».

(*Catecismo de la Iglesia Católica*, números 603-604).

«El Cristo agonizó y murió en la cruz con efusión de sangre, y de sangre redentora, y mi España agoniza y va acaso a morir en la cruz de la espada y con efusión de sangre... ¿Redentora también? Y a ver si con la sangre se va el veneno de ella. Mas el Cristo no sólo derramó sangre en la cruz, la sangre que, bautizando a Longinos, el soldado griego, le hizo creer, sino que sudó “como goterones de sangre” — en su agonía del monte de los Olivos (Lc 22,44). Y aquellas como gotas de sangre eran simientes de agonía, eran las simientes de la agonía del cristianismo. Entretanto gemía el Cristo: “Hágase tu voluntad y no la mía” (Lc 22,42). ¡Cristo nuestro, Cristo nuestro!, ¿por qué nos has abandonado?».

(Miguel de UNAMUNO, *Agonía del cristianismo*, palabras finales).



Chagall, M (1966) *EL SUEÑO DE JACOB* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

Salmo 27 (26)
SALMO DE CONFIANZA Y SÚPLICA

Ambientación

San Juan Crisóstomo, monje y patriarca de Constantinopla en el siglo IV d.C., ofrece una magnífica recomendación para comenzar a orar:

«Cuando tomamos en nuestras manos el libro espiritual, hemos de poner en vela nuestro espíritu, recoger nuestros pensamientos, echar fuera cualquier preocupación terrena. Dediquémonos entonces a la lectura con mucha devoción, con gran atención, para que se nos conceda que el Espíritu Santo nos guíe a la comprensión de lo que está escrito y recibamos de ello mucho beneficio» (*Homilías al Génesis*, 35.1; PG 53, 321-322).

Así pues, hagamos silencio en nuestro interior, invoquemos al Espíritu y dispongámonos a rezar con el salmo 27.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «El Señor es mi luz y mi salvación» (Sal 26; Hermana Glenda):

<https://www.youtube.com/watch?v=v6hfAlZdZYQ> o «El me protegerá» (Sal 26:

Hna. Glenda): <https://www.youtube.com/watch?v=OtiOI5pFtlk>

Explicación del salmo

El salmo 27 es una preciosidad. El orante canta convencido porque su confianza en el Señor vence al miedo. El punto de partida humano del salmo es, en efecto, el miedo. Aunque el menciona diferentes adversidades, reales o hipotéticas (una guerra: vv. 3-4; el abandono de los padres: v. 10; un juicio amañado: v. 12), el miedo es más peligroso que todas ellas. Sin embargo, la seguridad en el Señor le hace confiar y cantar agradecido.

El salmo parece estar desordenado: los primeros versos son un canto alegre a la confianza en el Señor que desemboca en una acción de gracias en el templo (27,1-6); mientras que después el orante eleva una súplica urgente por la hostilidad de unos enemigos que lo acusan injustamente (27,7-12). ¿No hubiera sido mejor al contrario? Primero la súplica y después la acción de gracias confiada. Sin embargo, el salmista cambia el orden porque primero prefiere armarse de confianza, superando sus miedos, para después suplicar al Señor con una fe ya fortalecida.

El orante que se ve asediado por sus miedos como por un ejército, se refugia en

la mejor de las fortalezas: el templo del Señor. Allí quiere habitar todos los días de su vida, porque Dios lo cuida y protege. Con él, se siente tranquilo, por eso le da gracias.

Cuando empieza su súplica, lo primero que le sale es buscar el rostro del Señor. Y es que, para el salmista, Dios es lo primero. Incluso confía en él más que en sus padres: «Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá» (27,10). Él sufre la hostilidad de unos enemigos que presentan testigos falsos contra él en un juicio. Pero, de nuevo, termina con un diálogo interior en el que se recomienda cobrar ánimos y esperar en el Señor.

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 27 (26)

¹ *De David.*

Confianza triunfante (27,1-6)

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

² Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.

³ Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.

⁴ Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo.

⁵ Él me protegerá en su tienda
el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzaré sobre la roca.

⁶ Y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda sacrificaré
sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.

Confianza suplicante (27,7-12)

⁷ Escúchame, Señor,
que te llamo;
ten piedad, respóndeme.

⁸ Oigo en mi corazón:
«Buscad mi rostro».
Tu rostro buscaré, Señor.

⁹ No me escondas tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.

¹⁰ Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.

¹¹ Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.

¹² No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.

¹³ Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

¹⁴ Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

El miedo es una de las experiencias humanas más universales. Todos sentimos de vez en cuando el temor ante una situación real o imaginada. El salmista eleva un canto de confianza que es medicina eficaz contra el miedo. Haz tuyos los sentimientos del orante: repasa poco a poco el salmo y siente su miedo que, como agua profunda, va aflorando por las grietas del salmo.

Pero, sobre todo, déjate llevar por su precioso canto de confianza en el Señor. Y es que, como dice la primera carta de Juan, «en el amor no hay temor» (1 Jn 4,18).

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Este salmo puede ser también leído en boca de Jesús. Como el salmista, a Jesús también lo llevaron a un tribunal donde presentaron testigos falsos contra él (Sal 27,2; Mt 26,59). Asimismo, en su humanidad, Jesús experimentó el miedo. Y, como el salmista, practicó su mejor antídoto: la oración. Así, por ejemplo, dice el evangelio de su noche en Getsemaní que Jesús, «en medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre» (Lc 22,44). En su tarea de formar a los discípulos, Jesús intentó animarlos y enseñarles que junto a él nada debían temer: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!» (Mt 14,27); «tened ánimo, yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Ahora bien, el salmo no solo se puede leer en boca de Jesús; también se le puede dirigir a Jesús, el Señor. Él es la luz del mundo (Jn 8,12) que disipa las tinieblas de nuestros miedos. Suplica a Jesús, feliz y hermoso, contemplar su rostro. No tendrás regalo mayor.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Finalmente reza el salmo en primera persona. Podéis comenzar en el grupo compartiendo cuáles son vuestros miedos personales, los miedos de vuestros usuarios de Cáritas y los miedos de vuestra parroquia. Poner nombre es el primer paso para vencer al miedo. Después podéis releer el salmo en silencio y pronunciar en alto aquella frase que más confianza y esperanza os transmite. Recordad que Cristo ha vencido nuestros miedos.

Oración final

Señor Dios, luz y salvación de los que en ti esperan,
tú que no abandonaste a tu Hijo amado
cuando le asaltaron los malvados para devorar su carne,
sino que lo alzaste sobre la roca en el día de la resurrección,
no abandones a tus siervos que buscan tu rostro
y haz que también nosotros podamos
llegar a gozar un día de tu dicha en el país de la vida,
por los siglos de los siglos.
Amén.

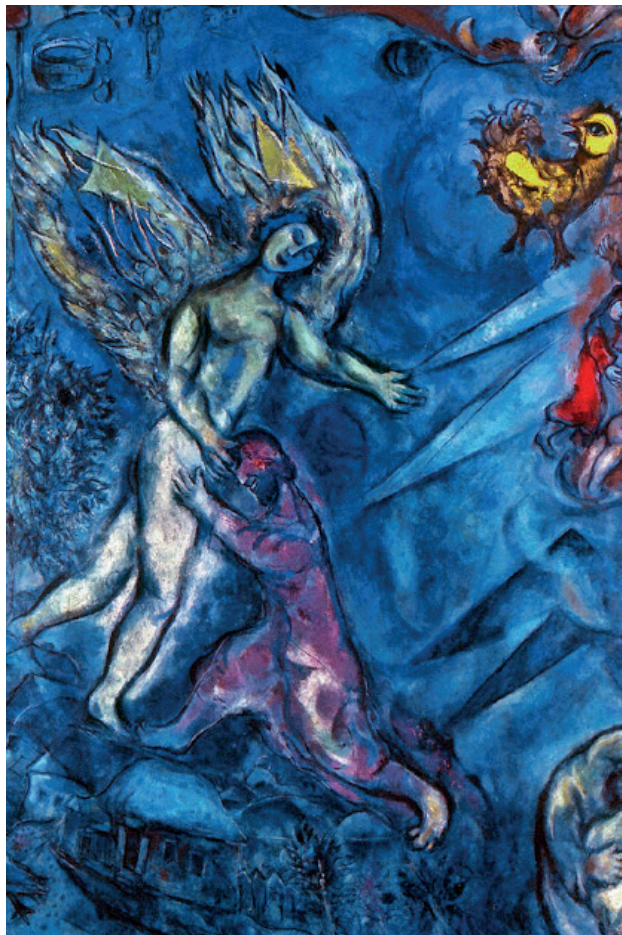
Para pensar: el salmo leído por otros

«El fiel es consciente de que la coherencia crea aislamiento y provoca incluso desprecio y hostilidad en una sociedad que a menudo busca a toda costa el beneficio personal, el éxito exterior, la riqueza o el goce desenfrenado. Sin embargo, no está solo y su corazón conserva una sorprendente paz interior, porque, como dice la espléndida “antífona” inicial del salmo, “el Señor es mi luz y mi salvación (...); es la defensa de mi vida” (Sal 26,1). Continuamente repite: “¿A quién temeré? (...) ¿Quién me hará temblar? (...) Mi corazón no tiembla. (...) Me siento tranquilo” (vv. 1-3). Casi nos parece estar escuchando la voz de san Pablo, el cual proclama: “Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Rm 8,31). Pero la serenidad interior, la fortaleza de espíritu y la paz son un don que se obtiene refugiándose en el templo, es decir, recurriendo a la oración personal y comunitaria».

(San JUAN PABLO II, *Audiencia general*. Miércoles 21 de abril de 2004).

«A ti te ha dicho mi corazón: He buscado tu rostro (Sal 27,8). No me he exhibido ante los hombres, sino que en el secreto donde solo tú escuchas te ha dicho mi corazón: no he buscado en ti ningún premio que no seas tú; he buscado tu rostro. *Tu rostro buscaré, Señor* (27,8): insistiré incansablemente en esta búsqueda, porque no voy en busca de algo vil, sino de tu rostro, para amarte sin nada a cambio, dado que no encuentro nada más precioso».

(San AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarraciones sobre los salmos*, Salmo 26,8).



Chagall, M (1966) *JACOB LUCHA CON EL ÁNGEL* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

Salmo 30 (29)

ACCIÓN DE GRACIAS TRAS UNA GRAVE ENFERMEDAD

Ambientación

Cuando enfermamos, nos sale rezar. Es algo natural. Cuando nos sentimos pobres y vulnerables no podemos por menos que invocar a Dios. Él acoge esta oración sincera.

Hoy vamos a rezar con la oración de un enfermo sanado que canta —y nos cuenta— su curación. Veremos cómo las expresiones de alegría y alabanza le brotan sin cesar, cuando recuerda lo mal que lo pasó y cómo el Señor lo salvó.

Para empezar la oración, dispón el cuerpo y el espíritu. Aquieta tus pensamientos y toma conciencia de que entras en «tierra sagrada» (Ex 3,5). Invoca al Espíritu Santo para que guíe el encuentro con Dios a través de este salmo.

Quizás sería bueno comenzar pidiendo por algún enfermo de tu familia o algún amigo empobrecido de los que servís en Cáritas. Exponed su caso ante el grupo o, al menos, decid su nombre en voz alta.

Comencemos.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «Te glorifico, mi Señor» (Athenas & Tobías Buteler):
<https://www.youtube.com/watch?v=MYSvAPlceqg>

Explicación del salmo

El salmo 30 es la acción de gracias de un orante que estuvo gravemente enfermo hasta tocar el límite de la vida. De vuelta de esa tremenda frontera, eleva un canto de alabanza a Dios.

El salmo está compuesto como una especie de espiral en la que a la acción de gracias presente le sigue el recuerdo pasado de la enfermedad, y vuelta a empezar. En esta espiral, el salmista cada vez se remonta más atrás en el tiempo, añadiendo datos nuevos. Lo primero que le sale al orante (v. 2) es dar gracias, es el motivo central del salmo. Después (vv. 3-6), echa la vista atrás y recuerda que gritó a Dios en su grave enfermedad —estaba al borde del abismo, bajaba ya a la fosa—. Por eso, vuelve a la alabar al Señor y anima a otros a unirse en su canto alegre: «Tañed para el Señor, fieles suyos». Por tercera vez (vv. 7-13) vuelve al pasado y da más detalles de su enfermedad. Él se sentía seguro antes de caer enfermo. Creía —ingenuo y soberbio a la vez— que

nunca le faltarían las fuerzas. Pero la afección le hizo comprender que su vida es frágil y pende de un hilo. Entonces suplicó al Señor. El salmista nos ofrece incluso las palabras de la súplica (vv. 10-11). Y el Señor respondió cambiando su luto, ya que casi estaba muerto, en danzas de fiesta. La muerte no cantó victoria. Ha sido él quien alaba a Dios agradecido y le promete que le dará gracias por siempre.

En el salmo se suceden multitud de contrastes: «sacar del abismo» y «bajar a la fosa» (v. 4); la «bondad de Dios de por vida» y la «cólera de un instante» (v. 6); «el júbilo de la mañana» y «el llanto del atardecer» (v. 6); «el sayal de luto» y «el traje de fiesta para la danza» (v. 12). Estas polaridades profetizan el contraste culminante de la historia, cuando la muerte se atrevió a derrotar al Hijo y el Padre la venció resucitándolo de entre los muertos. Orar este salmo en cristiano es participar de la pascua de Cristo.

Pausa de silencio

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 30 (29)

¹ *Salmo. Cántico para la dedicación del templo. De David.*

Curación y acción de gracias

² Te ensalzaré, Señor, porque me has librado
y no has dejado que mis enemigos se rían de mí.

Súplica, curación y acción de gracias

³ Señor, Dios mío, a ti grité,
y tú me sanaste.

⁴ Señor, sacaste mi vida del abismo,
me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa.

⁵ Tañed para el Señor, fieles suyos,
celebrad el recuerdo de su nombre santo;

⁶ su cólera dura un instante;
su bondad, de por vida;
al atardecer nos visita el llanto;
por la mañana, el júbilo.

Enfermedad, súplica, curación y acción de gracias

⁷ Yo pensaba muy seguro:

«No vacilaré jamás».

⁸ Tu bondad, Señor, me aseguraba

el honor y la fuerza;

pero escondiste tu rostro,

y quedé desconcertado.

⁹ A ti, Señor, llamé, supliqué a mi Dios:

¹⁰ «¿Qué ganas con mi muerte,

con que yo baje a la fosa?

¿Te va a dar gracias el polvo,

o va a proclamar tu lealtad?

¹¹ Escucha, Señor, y ten piedad de mí;

Señor, socórreme».

¹² Cambiaste mi luto en danzas,

me desataste el sayal

y me has vestido de fiesta;

¹³ te cantará mi alma sin callarse.

Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre.

En esta época de pandemia es fundamental que los sanos y jóvenes hagan un ejercicio de empatía e intenten no ponerse en peligro, teniendo en cuenta el dolor y la angustia de los enfermos.

Rezar este salmo es tratar de ponerse en la piel de un orante que estuvo al borde de la muerte y que ahora le brota incontenible un canto de acción de gracias.

Relee el salmo con estos sentimientos.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Jesús conoció bien el drama de la enfermedad. De hecho, cada día le traían a personas «aquejados de toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados, lunáticos, paralíticos. Y él los curaba» (Mt 4,24). También Jesús en su humanidad pudo estar enfermo y, sin duda, sufrió en la pasión hasta llegar a probar la soledad de la muerte y el sepulcro. Por eso, él pudo prepararse con la oración de este salmo para afrontar el sufrimiento y compadecerse de los enfermos.

El salmo, sin embargo, es profundamente gozoso. Es profecía de vida y resurrección. Si «al atardecer» del viernes santo «visitó» a Jesús «el llanto»; «en la mañana» de pascua, con su resurrección llegó «el júbilo» (Sal 30,6). La cita inicial que en el breviario acompaña este salmo dice así: «Cristo, después de su gloriosa resurrección, da gracias al Padre» (Juan Casiano, siglo IV). Recemos el salmo con Jesús y disfrutemos de su acción de gracias a Dios Padre.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

El que más y el que menos ha vivido alguna vez el sufrimiento de estar enfermo en carne propia o en la de alguno de sus familiares. Es una experiencia límite en la que nos damos cuenta de que nuestra vida es pasajera y que en cualquier momento podemos morir.

Estamos acostumbrados a rezar en esta situación de debilidad, pero muchas veces nos olvidamos de dar gracias cuando nos ponemos buenos. El salmista nos enseña a ser agradecidos cuando acaba prometiendo «dar gracias a Dios por siempre» (30,13).

Ahora es buen momento para releer el salmo en primera persona y dar gracias en el grupo por alguna circunstancia de la vida en la que te has sentido ayudado y/o sanado por Dios.

Oración final

Padre bueno,
Escúchanos y ten piedad de nosotros.
Tú que hiciste revivir a tu Hijo cuando bajaba a la fosa,
atiende los gritos doloridos de nuestra humanidad,
enferma de muerte.

Visítanos en el atardecer de nuestros días
y danos una mañana esplendorosa de vida y resurrección,
para que te cantemos un himno de alabanza para siempre.
Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

Para pensar: el salmo leído por otros

En este salmo, «las sensaciones oscilan constantemente entre el recuerdo terrible de la pesadilla vivida y la alegría de la liberación. Ciertamente, el peligro pasado es grave y todavía causa escalofrío; el recuerdo del sufrimiento vivido es aún nítido e intenso; hace muy poco que el llanto se ha enjugado. Pero ya ha despuntado el alba de un nuevo día; en vez de la muerte se ha abierto la perspectiva de la vida que continúa.

De este modo, el Salmo demuestra que nunca debemos dejarnos arrastrar por la oscura tentación de la desesperación, aunque parezca que todo está perdido. Ciertamente, tampoco hemos de caer en la falsa esperanza de salvarnos por nosotros mismos, con nuestros propios recursos. En efecto, al salmista le asalta la tentación de la soberbia y la autosuficiencia: “Yo pensaba muy seguro: ‘No vacilaré jamás’” (v. 7)».

(San JUAN PABLO II, *Audiencia general*. Miércoles 12 de mayo de 2004).

«El salmista confesaba que a veces se enorgullecía de estar sano, como si fuese una virtud suya, y que en ello había descubierto el peligro de una gravísima enfermedad. En efecto, dice: “Yo pensaba muy seguro: No vacilaré jamás”. Y dado que al decir eso había perdido el apoyo de la gracia divina, y, desconcertado, había caído en la enfermedad, prosigue diciendo: “Tu bondad, Señor, me aseguraba el honor y la fuerza; pero escondiste tu rostro, y quedé desconcertado”. Asimismo, para mostrar que se debe

pedir sin cesar, con humildad, la ayuda de la gracia divina, aunque ya se cuente con ella, añade: “A ti, Señor, llamé; supliqué a mi Dios”. Por lo demás, nadie eleva oraciones y hace peticiones sin reconocer que tiene necesidades, y sabe que no puede conservar lo que posee confiando sólo en su propia virtud».

(San FULGENCIO DE RUSPE, *Lettere di S. Fulgenzio di Ruspe*, Roma 1999, p.113).

«12. *Cambiaste mi luto en danzas*: yo, la Iglesia que ha seguido al primogénito de entre los muertos (Col 1,18), digo ahora en la dedicación de tu casa: *Cambiaste mi luto en danzas. Me quitaste el sayal y me has vestido de fiesta*: has quitado el velo de mis pecados, la tristeza de mi condición mortal, y me has vestido con la primera túnica talar (Lc 15,22), la alegría inmortal.

13. *Para que mi gloria te cante y nada me hiera*: para que ya no me lamente, sino que cante para ti no mi humillación, sino mi gloria, porque ya me has levantado de mi humillación, y para que no me hiera la conciencia del pecado, el miedo a la muerte, el temor al juicio. *Señor Dios mío, te confesaré por la eternidad*. Y mi gloria, Señor, Dios mío, es esta: confesarte por la eternidad que nada tengo por mí mismo, sino que todos los bienes vienen de ti, que eres Dios, todo en todos (1 Cor 15,28)».

(San AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarraciones sobre los salmos*, Salmo 29,12-13).



Chagall, M (1966) *MOISÉS Y LA ZARZA ARDIENDO* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

SALMO 42-43 (41-42)
ORACIÓN DEL DESTERRADO

Ambientación

Orar, antes que nada, es desear. Es reconocer en nuestro interior una sed ardiente de felicidad y plenitud que todos llevamos dentro. Mientras más ahondamos en este deseo, más reconocemos que esta sed imperiosa solo puede ser saciada por Dios. Así pues, como la cierva que busca corrientes de agua, aviva en ti el deseo de Dios.

Y si en esta época de la vida no lo sientes cercano, más aún, ni siquiera deseas encontrarte con él; suplica, como san Ignacio de Loyola, deseo de deseos: «Señor, Dios mío, yo deseo desearte, aviva en mí el ansia de tu amor».

Comenzamos la oración. Relaja tu cuerpo, pacifica tu alma y suplica al Señor el deseo de su presencia.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «De noche iremos» (Taizé):

<https://www.youtube.com/watch?v=WjhhM5dz4FA> o «Como busca la cierva»

(Francisco Palazón): <https://www.youtube.com/watch?v=b-Z2QFKe2lg>

Explicación del salmo

Los salmos 42 y 43 son, en realidad, un único poema con tres estrofas que cada una concluye con la repetición del mismo estribillo: «¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué gimes dentro de mí? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: “Salud de mi rostro, Dios mío”» (42,6.12; 43,5).

El orante es un israelita que está desterrado. Él recuerda con nostalgia cuando iba «entre cantos de júbilo y alabanza» al templo (42,5). Ahora, en cambio, las lágrimas son su pan noche y día, mientras todo el día le repiten: «¿Dónde está tu Dios?» (42,4). Él siente la ausencia de Dios como una herida profunda. Si como la cierva él buscaba a Dios como agua viva, ahora lo experimenta como un torrente arrollador (42,8). Está con el agua al cuello. ¡Sufre por causa de Dios! Parece como si las tornas se hubiesen cambiado: él recuerda a Dios (42,7)...¡y Dios lo olvida! (42,10). ¿Cuándo va a actuar Dios en su favor?

En la tercera estrofa se recompone y suplica: «Hazme justicia, oh Dios, defiende mi causa» (43,1). Poco a poco, va cobrando ánimos y torna su mirada del pasado

nostálgico al futuro venturoso. Ya no recuerda con melancolía sus procesiones festivas en el templo, sino que afirma con ilusión: «me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría» (43,4). Aunque las circunstancias externas no han cambiado, la oración ha obrado el milagro: ha pasado de la nostalgia a la esperanza. El estribillo repetido por tercera vez suena al final triunfante: «Espera en Dios, que volverás a alabarlo: “Salud de mi rostro, ¡Dios mío!”» (43,5).

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 42-43 (41-42)

1 Al Director. Poema. De los hijos de Coré.

¹ Nostalgia de Dios y recuerdo (42,2-6)

² Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío;

³ mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?

⁴ Las lágrimas son mi pan noche y día,
mientras todo el día me repiten:
«¿Dónde está tu Dios?».

⁵ Recuerdo otros tiempos,
y desahogo mi alma conmigo:
cómo entraba en el recinto santo,
cómo avanzaba hacia la casa de Dios
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta.

⁶ ¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué gimes dentro de mí?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

2. Abandono de Dios y burlas de los enemigos (42,2-6)

⁷ Cuando mi alma se acongoja,
te recuerdo desde el Jordán y el Hermón y el monte Misar.

⁸ Una sima grita a otra sima con voz de cascadas:
tus torrentes y tus olas me han arrollado.

⁹ De día el Señor me hará misericordia,
de noche cantaré la alabanza,
la oración al Dios de mi vida.

¹⁰ Diré a Dios: «Roca mía, ¿por qué me olvidas?
¿Por qué voy andando, sombrío, hostigado por mi enemigo?».

¹¹ Se me rompen los huesos por las burlas del adversario;
todo el día me preguntan: «¿Dónde está tu Dios?».

¹² *¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué gimes dentro de mí?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».*

3. Súplica y profesión de esperanza (43,1-5)

¹ Hazme justicia, oh Dios, defiende mi causa
contra gente sin piedad,
sálvame del hombre traidor y malvado.

² Tú eres mi Dios y protector, ¿por qué me rechazas?,
¿por qué voy andando sombrío,
hostigado por mi enemigo?

³ Envía tu luz y tu verdad: que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada.

⁴ Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría,
y te daré gracias al son de la cítara, Dios, Dios mío.

⁵ *¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué gimes dentro de mí?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».*

Cuando se quiere mucho a alguien no solo se siente el amor cuando el amado está gozosamente presente. El amor verdadero también se experimenta como nostalgia en el tiempo de su ausencia. Ciertamente se echa de menos a la persona amada cuando está lejos.

Así también el orante de este salmo siente nostalgia de su Dios amado. Mientras más experimenta su ausencia, más lo desea. Visto así, el salmo es un precioso canto de amor. Por ello, repasa el texto tratando de considerar con ternura la herida de amor de este israelita que suplica de corazón.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

En su adolescencia, Jesús rezaría muchas veces con este salmo. El joven Jesús imaginaría divertido la cierva saltarina y, como el orante desterrado, desearía subir al templo para «acercarse al altar de Dios» (43,4). Eso hizo la primera vez que peregrinó con sus padres a Jerusalén con doce años y se perdió en el templo (Lc 2,41-51). Y es que, ¡cuánto gusta a los adolescentes una procesión!

Ya adulto, junto al pozo de Jacob, también recordaría el salmo cuando decía a la samaritana: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva» (Jn 4,10; cf. 7,37).

En la pasión, Jesús escucharía las burlas de los soldados y se acordaría de las palabras del salmo: «Se me rompen los huesos por las burlas del adversario; todo el día me preguntan: “¿Dónde está tu Dios?”» (43,11).

Y ahora Jesús, resucitado y glorioso a la derecha del Padre, nos espera a nosotros, peregrinos que caminamos deseosos y nostálgicos, como el orante del salmo, hacia la casa del Padre. Él saldrá a nuestro encuentro al final del camino como salud de nuestro rostro, «¡Dios mío!».

Relee el salmo tratando de encontrar pequeños guiños en el salmo a la historia de Jesús.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Por fin, relee el salmo considerando las circunstancias de tu vida. Quizás tú también te sientes nostálgico de agua viva o arrollado por torrentes y olas. Detente y medita: «¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué gimes dentro de mí? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: “Salud de mi rostro, Dios mío”».

El salmo deja claro que Dios no siempre se hace presente en nuestra vida. Pero también aprendemos en él que la ausencia de Dios es beneficiosa. El sufrimiento por su ausencia nos ayudará a corregir la falsa idea de un dios demasiado pequeño, un dios controlable, que siempre hace lo que nosotros queremos. Pero el auténtico Dios, el Dios vivo y verdadero, es libre y desconcertante. No lo podemos manejar ni comprender. El cristiano tiene siempre una cita con Dios en el futuro (Alonso Schökel), pero no podemos controlar el cuándo, el cómo y el por qué. El salmo nos enseña a tener paciencia y esperar.

Tras un breve silencio, podéis repetir la frase que más os ha llamado la atención.

Oración final

Señor, Dios mío,
tengo sed de ti;
anhelo tu presencia y
deseo tu compañía;
tengo sed de ti.

No permitas que este fuego interior se apague.

Hazme buscarte en mis hermanos.

Señor, Dios de mi alegría,
escucha mi oración;
no me olvides;
porque tengo sed de ti.

Amén.

Para pensar: el salmo leído por otros

«Tal es nuestra vida: ejercitarnos en el deseo. Ahora bien, este santo deseo está en proporción directa de nuestro desasimiento de los deseos que suscita el amor del mundo. Ya hemos dicho en otra parte que un recipiente, para ser llenado, tiene que estar vacío. Derrama, pues, de ti el mal, ya que has de ser llenado del bien.

Imagínate que Dios quiere llenarte de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? Hay que vaciar primero el recipiente, hay que limpiarlo y lavarlo, aunque cueste fatiga, aunque haya que frotarlo, para que sea capaz de recibir algo.

Y así como decimos miel, podríamos decir oro o vino; lo que pretendemos es significar algo inefable: Dios. Y cuando decimos “Dios”, ¿qué es lo que decimos? Esta sola sílaba es todo lo que esperamos. Todo lo que podamos decir está, por tanto, muy por debajo de esa realidad; ensanchemos, pues, nuestro corazón, para que, cuando venga, nos llene, ya que seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es».

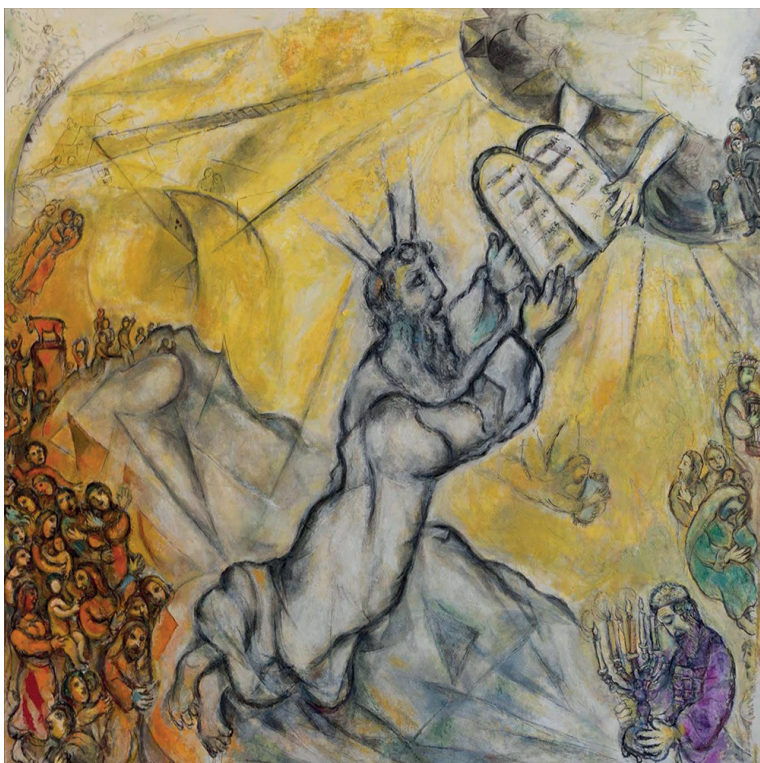
(San AGUSTÍN DE HIPONA, *Sobre la primera carta de san Juan*, IV; PL 35, 2008-2009).

«¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti, clamando, y eras ido».

(San JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*).

«¡Ay de mí, ay de mí, Señor, que es muy largo este destierro y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios! Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel?... Espera, espera, *que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora*. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin»

(Santa TERESA DE JESÚS, *Exclamaciones*, XV, 1-3).



Chagall, M (1966) *MOISÉS RECIBE LAS TABLAS DE LA LEY* (óleo), Museo Marc-Chagall, Niza.

SALMO 51 (50)
MISERERE

Ambientación

En una de sus parábolas, Jesús alaba la actitud del publicano que hace una oración sencilla y sincera: «¡Oh Dios! Ten compasión de este pecador» (Lc 18,13). A Dios le agrada que nos reconozcamos pecadores ante él.

Tomemos conciencia de nuestros pecados personales y estructurales. Pensemos en las personas a las que hemos herido alguna vez y también en aquellas otras, que no conocemos, pero que son víctimas de un sistema en el que cada vez hay muchos hambrientos y empobrecidos.

Suplica el don de la conversión. Toma conciencia de que estás ante el tres veces Santo y dile, como Pedro: «Señor, apártate de mí, que soy un pecador» (Lc 5,8). Invoca al Espíritu Santo para que te guíe.

Y, al inicio de esta oración, pidamos perdón rezando: «Yo confieso ante Dios todopoderoso...»

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «Miserere mei» (Allegrí):

<https://www.youtube.com/watch?v=H3v9unphfi0> o «Misericordia» (Hermana Glenda): <https://www.youtube.com/watch?v=QJdgYRwaC4Q>

Explicación breve del salmo

El «Miserere» es el salmo más conocido para pedir perdón. El título inicial (Sal 51,1-2) lo presenta como la confesión dolorida de David después que el profeta Natán desveló su pecado con Betsabé (cf. 2 Sam 11-12).

El salmo se despliega en dos momentos: el primero, dedicado al reino del pecado, en el que el culpable confiesa su delito (Sal 51,3-11); y el segundo, dedicado al reino de la gracia, en el que el salmista suplica la misericordia divina y se imagina cómo será su nueva vida cuando ya viva reconciliado (51,12-19).

El orante es bien consciente de su mal: repite la palabra «pecado» seis veces. Pero él no se enfrenta a un juez temible que busca condenarlo, sino que ora ante un Dios lleno de «misericordia» y «compasión». Más aún, Dios está más implicado en su conversión que él mismo, pues «en mi interior me inculcas sabiduría» (51,8).

El pecado había corrompido por dentro al salmista; en la culpa nació, pecador lo concibió su madre (51,7). Por eso ahora pide a Dios que lo recree: «oh Dios, crea en mí un corazón puro» (51,11). Solo Dios puede dar un nuevo futuro al que ya solo tenía pasado. Solo Dios puede devolverle «la alegría de la salvación» (51,14).

El salmo termina pasando de la confesión individual del pecado a la experiencia comunitaria de la restauración de Jerusalén (51,20-21). Estos versículos finales probablemente fueron añadidos para actualizar el texto en la nueva situación del pueblo: el destierro de Babilonia había sido el tiempo de la penitencia. Ahora Dios les había perdonado y habían vuelto a Jerusalén. Por eso pueden celebrar juntos sus sacrificios. Y es que el perdón engendra siempre vida comunitaria.

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 51 (50)

¹ Al director. Salmo de David. ² Cuando el profeta Natán lo visitó, después de haberse unido aquel a Betsabé.

El reino del pecado (51,3-11)

³ Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;

⁴ lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

⁵ Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:

⁶ contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad en tu presencia.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.

⁷ Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

⁸ Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.

⁹ Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

¹⁰ Hazme oír el gozo y la alegría,

que se alegren los huesos quebrantados.

¹¹ Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

El reino de la gracia (51,12-21)

¹² Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;

¹³ no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

¹⁴ Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso.

¹⁵ Enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

¹⁶ Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.

¹⁷ Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

¹⁸ Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querías.

¹⁹ El sacrificio agradable a Dios
es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú, Oh Dios, tú no lo desprecias.

²⁰ Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:

²¹ entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

El salmo es una obra cumbre de hondura y sinceridad (Gonzalo Flor). Reléelo con tranquilidad, trata de empatizar con el arrepentimiento dolorido del orante y alégrate con su confianza en el perdón divino.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Jesucristo nunca pecó (Heb 4,15), ¿cómo, entonces, vamos a aplicarle este salmo penitencial? San Pablo viene en nuestra ayuda. Él dice que «al que no conoció el pecado (Cristo), (Dios) lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor 5,21). Se ha dado, así pues, un admirable intercambio. Cristo murió por todos, el inocente por los culpables, para que todos los pecadores — que solo nos merecíamos una condena justa— pudiéramos ser reconciliados con Dios.

Por lo tanto, leer este salmo con Jesús es tomar conciencia de cuánto nos ha querido y cuánto ha padecido por nosotros.

Jesús es el médico de nuestras almas que, cargando con nuestro pecado, nos ofrece el remedio de su gracia y nos renueva por dentro con su Santo Espíritu.

Reza de nuevo el salmo agradeciendo a Jesús tanto bien.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Finalmente, relee el salmo en primera persona. Las palabras sinceras, a un tiempo tristes y esperanzadas, seguro que te atrapan el corazón.

Ninguno está libre de pecado y tampoco nuestro grupo de Cáritas es perfecto. Rezad con espíritu de penitencia el salmo.

Repetid cada uno la frase con la que más se identifica. Podéis terminar rezando juntos el Padrenuestro.

Oración final

Padre bueno, tú nos sondeas y nos conoces.

Sabes que somos barro.

Perdónanos por nuestros pecados,
y envíanos tu Santo Espíritu,
para que nos afiance firmemente en ti;
y así, perdonados y renovados,
lleguemos a alegrarnos en tu gloria.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

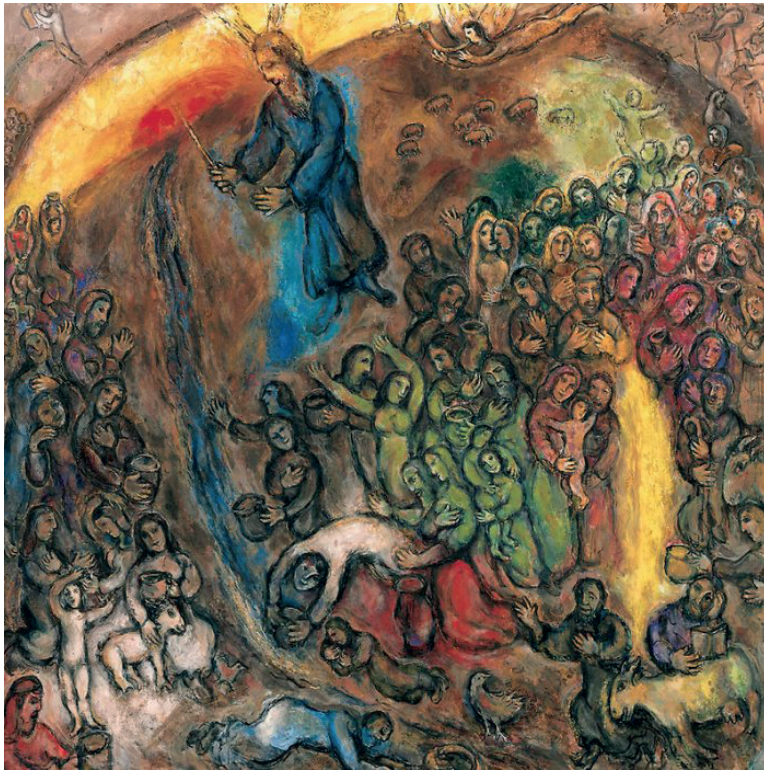
Para pensar: el salmo leído por otros

«En el *Miserere*, encontramos una arraigada convicción del perdón divino que “borra, lava y limpia” al pecador (cf. 51,3-4) y llega incluso a transformarlo en una nueva criatura que tiene espíritu, lengua, labios y corazón transfigurados (cf. 51,14-19). “Aunque nuestros pecados —afirmaba santa Faustina Kowalska— fueran negros como la noche, la misericordia divina es más fuerte que nuestra miseria. Hace falta una sola cosa: que el pecador entorne al menos un poco la puerta de su corazón... El resto lo hará Dios. Todo comienza en tu misericordia y en tu misericordia acaba” (M. Winowska, *El icono del Amor misericordioso. El mensaje de sor Faustina*, Roma 1981, p. 271)».

(San JUAN PABLO II, *Audiencia general*. Miércoles 24 de octubre de 2001).

«Gracias, Dios mío, por habernos dado esta oración divina del *Miserere*, este *Miserere* que es nuestra oración diaria (...) Rezamos a menudo este salmo, lo hacemos a menudo nuestra plegaria. Contiene el compendio de toda nuestra oración: adoración, amor, ofrecimiento, acción de gracias, arrepentimiento, súplica. Parte de la consideración de nosotros mismos y de nuestros pecados, y se eleva a la contemplación de Dios, pasando a través del prójimo y orando por la conversión de todos los hombres»

(San CARLOS DE FOUCAULD, en Gianfranco RAVASI, *Il libro dei Salmi*, II, p. 13).



Chagall, M (1960-1966) *LA ROCA QUE MANA AGUA* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

SALMO 86 (85)
PLEGARIA DEL POBRE

Ambientación

Nos disponemos a hacer silencio para orar sin distracciones. El salmista suplica: «inclina tu oído, Señor, escúchame» (Sal 86,1). A ti se te pide lo mismo: inclina tu oído y escucha al Señor.

Para orar, es indispensable adoptar la actitud del pobre. No puede suplicar aquel que cree con soberbia que ya lo tiene todo. Por ello, el orante se presenta a Dios como «un pobre desamparado» (86,1). Toma conciencia de tus pobreza y haz tuyas las pobreza de tus semejantes al inicio de esta oración.

Levanta tu alma hacia el Señor (86,4) y comienza a orar con mucho deseo.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «El alma que anda en amor» (Taizé):

<https://www.youtube.com/watch?v=-4oGTHQK6AQ>; o

«Tú, Señor, eres bueno e indulgente» (Salmo 85; Athenas & Tobías Buteler):

<https://www.youtube.com/watch?v=Kl3dJj1hddA>

Introducción a la lectura del salmo

El Salmo 86 es una súplica individual de un orante cuya situación de dificultad no se especifica. Por ello, se puede orar con este salmo desde cualquier sufrimiento. Más que su angustia, el orante revela una gran confianza en Dios. Lo llama de diferentes modos (Señor, Dios mío, etc.) y, retomando la confesión de fe del Éxodo (34,6), hace un elenco de sus atributos: Dios es bueno y clemente, rico en misericordia (Sal 86,5), lento a la cólera, rico en piedad y leal (86,15). ¿Cómo no confiar en semejante Dios?

Resalta en el poema una estructura constante: a un imperativo de súplica suele seguir una razón que motiva la oración:

Escúchame	<i>porque soy un pobre desamparado</i>
Protege mi vida	<i>porque soy un fiel tuyo</i>
Salva a tu siervo	<i>porque confía en ti</i>
Piedad de mí	<i>porque a ti te estoy llamando todo el día, etc.</i>

Es como si el orante tuviera la necesidad de conmover a Dios con sus razones.

En los versos 8-10, el orante se remonta desde sus problemas personales a una visión gloriosa y universal en la que todos los pueblos vendrán a bendecir al Señor: un solo Dios espera la alabanza armónica de todas las naciones.

El final del salmo es precioso: el orante termina con paz su oración porque tiene la certeza de que el Señor le ayuda y consuela.

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 86 (85)

¹ *Oración de David.*

Inclina tu oído, Señor, escúchame,
que soy un pobre desamparado;

² protege mi vida, que soy un fiel tuyo;
salva, Dios mío, a tu siervo, que confía en ti.

³ Piedad de mí, Señor,
que a ti te estoy llamando todo el día;

⁴ alegra el alma de tu siervo,
pues levanto mi alma hacia ti, Señor;

⁵ porque tú, Señor, eres bueno y clemente,
rico en misericordia con los que te invocan.

⁶ Señor, escucha mi oración,
atiende a la voz de mi súplica.

⁷ En el día del peligro te llamo, y tú me escuchas.

⁸ No tienes igual entre los dioses, Señor,
ni hay obras como las tuyas.

⁹ Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor;
bendecirán tu nombre:

¹⁰ «Grande eres tú, y haces maravillas;
tú eres el único Dios».

¹¹ Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad;

mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre.

¹² Te alabaré de todo corazón, Dios mío;

daré gloria a tu nombre por siempre,

¹³ por tu gran piedad para conmigo,

porque me salvaste del abismo profundo.

¹⁴ Dios mío, unos soberbios se levantan contra mí,

una banda de insolentes atenta contra mi vida,

sin tenerte en cuenta a ti.

¹⁵ Pero tú, Señor, Dios clemente y misericordioso,

lento a la cólera, rico en piedad y leal,

¹⁶ mírame, ten compasión de mí.

Da fuerza a tu siervo, salva al hijo de tu esclava.

¹⁷ Dame una señal propicia,

que la vean mis adversarios y se avergüencen,

porque tú, Señor, me ayudas y consuelas.

Dice san Agustín que «cuando oréis con salmos e himnos a Dios, medita en el corazón lo que pronunciáis con la voz» (*Regla a los siervos de Dios* cap. 2, 3.4). Relee el salmo lentamente y trata de contagiarte de la confianza del orante.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Como el orante de este salmo, Jesús también se supo un «pobre desamparado» (Sal 86,1) que «no tenía donde reclinar la cabeza» (Mt 8,20); un «siervo» (Sal 86,16; Mt 12,18), e «hijo de una esclava» (Sal 86,16) que, en Nazaret, confesó con humildad: «aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

Jesús escuchó a los dos ciegos, como el orante del Salmo, suplicar con insistencia: «Ten piedad de nosotros, Hijo de David» (Mt 9,27; cf. Sal 86,3). Y el mismo Jesús pudo rezar el salmo para expresar su confianza en el Padre, «Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y leal» (Sal 86,15).

Finalmente, el autor del Apocalipsis descubrió en este salmo un anuncio profético del canto final de los redimidos, el cántico del Cordero: «Grandes y maravillosas

son tus obras, Señor... *todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti*» (Ap 15,3-4; cf. Sal 86,9). El salmo, así pues, nos ayuda a imaginar las alegrías del cielo.

Relee el salmo tratando de penetrar en el corazón de Jesús, que también recitó estos versos.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Lee por fin el salmo en primera persona. Date un poco de tiempo. Intenta que cada frase tenga algo que ver con tu vida y la de tus semejantes. ¿Confías como el orante a pesar de pasarlo mal en ocasiones? El salmista piropea a Dios, le dice que es misericordioso, bondadoso, paciente, etc. ¿Qué te sale decirle al Señor?

Podéis terminar repitiendo en voz alta cada uno la frase que más le toca o haciendo una oración de confianza al Señor.

Oración final

Padre bueno,
tú que eres un Dios clemente y misericordioso,
atiende nuestras súplicas
y alegra el alma de tus siervos.
Infunde en nuestros corazones tu santo Espíritu
para que confiemos en ti
como lo hizo tu Hijo Jesús.
Él que vive y reina,
inmortal y glorioso,
por los siglos de los siglos.
Amén.

Para pensar: el salmo leído por otros

«El salmo 86, página de auténtico diálogo interreligioso, recoge la herencia universalista de los profetas (cf. Is 56,6-7; 60,6-7; 66,21; Joel 4,10-11; Mal 1,11, etc.) y anticipa la tradición cristiana que aplica este salmo a la “Jerusalén de arriba”, de la que san Pablo proclama que “es libre; es nuestra madre” y tiene más hijos que la Jerusalén terrena (cf. Gál 4,26-27). Lo mismo dice el Apocalipsis cuando canta a “la nueva Jerusalén, que baja del cielo, de junto a Dios” (Ap 21,2.10). En la misma línea del salmo 86, también el concilio Vaticano II ve en la Iglesia universal el lugar en donde se reúnen “todos los justos, desde Adán, desde el justo Abel hasta el último elegido”. Esa Iglesia “llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos” (*Lumen Gentium* 2)».

(San JUAN PABLO II, *Audiencia general*. Miércoles 13 de noviembre de 2002).

«La oración del salmo 86 no se confunde con cualquier grito de sufrimiento hacia una divinidad amiga. En él se anticipa ya el diálogo amoroso y confiado del evangelio: “Pedid y se os dará”».

(Evode BEAUCAMP, *Le Psautier*, II, p. 73).



Chagall, M (1971) *EL PROFETA ELÍAS* (mosaico). Museo Marc-Chagall, Niza.

SALMO 91 (90)
INSTRUCCIÓN SOBRE LA CONFIANZA EN DIOS

Ambientación

También existían epidemias en la Antigüedad. Por eso, el poeta del salmo 91 promete que el Señor «te libraré de la peste funesta» (91,3), y anima a su oyente con la certeza de que «no temerás la peste que se desliza en las tinieblas, ni la epidemia que devasta a mediodía» (91,6).

Rezamos con este salmo suplicando por todos los que han sufrido o están sufriendo la pandemia.

Para comenzar a hacer oración, serenamos nuestra mente, pacificamos nuestro cuerpo y avivamos nuestro Espíritu.

Nos ponemos en la presencia del Señor, a la sombra de sus alas (91,4) y en el hueco de sus palmas (91,12).

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencia: «Salmo 91: Bajo el amparo del Altísimo» (Harpa Dei):

<https://www.youtube.com/watch?v=Ge8-CvF6J6k>

Explicación del salmo

Este precioso salmo de confianza hace un completo elenco de posibles situaciones de peligro: las saetas del cazador, un ataque bélico, pestes y plagas, fieras, enemigos, espíritus malignos, terrores indefinidos, etc. Pero ninguno de ellos podrá con el fiel, que tiene asegurada la protección divina.

El protagonista del salmo no es el que habla, sino un creyente al que el salmista le confirma en su confianza en el Señor (91,1-13). Este creyente es una persona fiel que habita al amparo del Altísimo y que vive a la sombra del Omnipotente; quizás es un sacerdote o levita del templo. El salmista le promete la asistencia divina: Dios «te libraré... te cubrirá con sus plumas... te llevará en sus palmas».

El creyente recibe una tercera confirmación: no solo él, no solo el salmista, el mismo Dios se reserva la última palabra (91,14-16) y corrobora que el creyente no va a sufrir ningún mal: «lo libraré, lo protegeré... lo escucharé... lo defenderé, lo glorificaré, lo saciaré y le haré ver mi salvación» (91,14-16). El elenco de siete verbos es sublime. ¿Puede tenerse mayor seguridad?

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 91 (90)

¹ Tú que habitas al amparo del Altísimo,
que vives a la sombra del Omnipotente,
² di al Señor: «Refugio mío, alcázar mío,
Dios mío, confío en ti».

³ Él te librá de la red del cazador,
de la peste funesta.

⁴ Te cubrirá con sus plumas,
bajo sus alas te refugiarás:
su verdad es escudo y armadura.

⁵ No temerás el espanto nocturno,
ni la flecha que vuela de día,
⁶ ni la peste que se desliza en las tinieblas,
ni la epidemia que devasta a mediodía.

⁷ Caerán a tu izquierda mil,
diez mil a tu derecha;
a ti no te alcanzará.

⁸ Nada más mirar con tus ojos,
verás la paga de los malvados,
⁹ porque hiciste del Señor tu refugio,
tomaste al Altísimo por defensa.

¹⁰ No se acercará la desgracia,
ni la plaga llegará hasta tu tienda,
¹¹ porque a sus ángeles ha dado órdenes
para que te guarden en tus caminos.

¹² Te llevarán en sus palmas,
para que tu pie no tropiece en la piedra;

¹³ caminarás sobre áspides y víboras,
pisotearás leones y dragones.

¹⁴ «Se puso junto a mí: lo libraré;
lo protegeré porque conoce mi nombre;
¹⁵ me invocará y lo escucharé.
Con él estaré en la tribulación,
lo defenderé, lo glorificaré,
¹⁶ lo saciaré de largos días
y le haré ver mi salvación».

Normalmente el salmista habla de su relación con Dios en primera persona. Sin embargo, la mayor parte de este salmo está dicha por un catequista o instructor que promete al fiel que lo escucha la protección divina.

Escucha con él las palabras de este sabio. Repara en los peligros y gózate con tantas promesas de asistencia divina.

Deja que el salmo cale en tu corazón.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Tenemos la certeza de que Jesús conoció este salmo... ¡al menos por boca del diablo! En el relato de las tentaciones, el Satán trata de pillar a Jesús citando el Sal 91,11: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”» (Mt 4,6). Pero Jesús desenmascara la lectura errada que Satán hace del Salmo. El diablo pretende transformar la confianza en Dios en temeridad y presunción. Jesús no necesita tirarse del alero del templo para demostrar que es el Mesías. Será en otra altura donde confirmará su mesianismo: la cruz. Por eso, Jesús replica al diablo citando otro pasaje de la Escritura: «También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”» (Mt 4,7; Dt 6,16).

Así pues, aprendemos de este lance de la vida de Jesús que no podemos leer este salmo como si fuera un amuleto mágico con el que Dios nos promete que jamás nos pasará nada. El sufrimiento, la enfermedad y la muerte también nos llegarán a nosotros.

No obstante, el salmo sigue siendo válido. Jesús lo debió seguir rezando tras el uso errado del diablo. Impresiona pensar que Cristo pudo rezarlo caminando con la cruz

hacia el Calvario. Su verdad profunda fue confirmada: Dios fue el «refugio y alcázar» de Jesús. Dios Padre «escuchó» su grito en la cruz y lo «libró» de la muerte que acababa de sufrir. Dios lo «glorificó» en la resurrección y la «hizo ver su salvación».

Relee el salmo pensando en la historia Jesús. Encontrarás su verdadero sentido.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Muchas veces nos quejamos de que el cristianismo parece más una moral que una palabra de salvación. Tantas normas que cumplir y preceptos que seguir oscurecen su carácter de buena noticia.

El Salmo 91, en cambio, es un texto precioso en el que se nos asegura la protección divina y su amparo siempre, incluso cuando las circunstancias nos parezcan desesperadas.

Relee el salmo en primera persona. Quizás tú puedas añadir nuevos peligros a los que aparecen en el texto: no solo guerras, no solo plagas, no solo terrores; también desempleo, soledad, impotencia o incredulidad.

El Dios que tomó la palabra al final del salmo (91,14-16), quiere hablarte hoy a ti. Escucha en primera persona sus promesas.

Podéis repetir en voz alta la frase o verso que más os haya tocado y, quizás, podéis contar alguna situación en la que Dios os ha mostrado su cariño y protección.

Oración final

Padre bueno,

Tú eres

como un ave madre que nos ampara bajo sus alas,
como un árbol frondoso que nos guarda bajo su sombra,
como un castillo formidable que nos refugia tras sus murallas,
como un guerrero valiente que nos protege con su escudo,
y un Dios bondadoso que nos defiende con sus ángeles.

Padre bueno,

ningún miedo en esta vida es más grande que tú.

En ti confío.

Gracias.

Amén.

Para pensar: el salmo leído por otros

«*Te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás*. Dice esto para que tú no busques refugio en ti mismo, no vayas a creer que puedes protegerte a ti mismo. Él te protegerá para librarte; él te librará de la trampa de los cazadores, y de la palabra dura. Te cubrirá con sus plumas. Esto puede entenderse como la espalda o como el pecho. La espalda está cerca de la cabeza. Pero dado que dice: *bajo sus alas te refugiarás*, está claro que, protegiéndote con las alas extendidas, tú estarás en medio y ellas a un lado y al otro, sin temor de que alguien te cause daño alguno. Procura no alejarte de allí, adonde ningún enemigo osará acercarse. Si la gallina protege sus polluelos bajo sus alas, ¡cuánto más seguro estarás tú bajo las alas de Dios, contra el diablo y sus ángeles».

(San AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarraciones sobre los salmos*, Salmo 90,5).

«¡Qué lección, hermanos, qué amonestación, qué consolación tan grande nos ofrecen estas palabras de la Escritura! ¿Qué salmo [se refiere al salmo 91], entre todos los demás, anima tan magníficamente a los miedosos, despierta a los perezosos, enseña a los ignorantes? Por eso dispuso la Providencia divina que especialmente en este tiempo de la Cuaresma tuviesen sus fieles de continuo en su boca los versículos de este salmo». Y sigue san Bernardo hablando con Dios a propósito del salmo 91: «Aplicas al hombre tu corazón y solícito lo cuidas. En fin, le envías tu Unigénito, diriges a él tu Espíritu, le prometes tu gloria. Y para que nada haya en el cielo que deje participar en nuestra protección, envías a aquellos bienaventurados espíritus a ejercer su ministerio para bien nuestro, los destinas a nuestra guarda, les mandas sean nuestros ayos. Poco era para ti haber hecho ángeles tuyos a los espíritus; los haces también ángeles de los pequeños, pues escrito está: “Los ángeles de estos están viendo siempre la cara del Padre” (Mt 18,10). A estos espíritus tan bienaventurados los haces ángeles tuyos para con nosotros y nuestros para contigo».

(San BERNARDO DE CLARVAL, *Sermón* 12,3 sobre el Salmo 90).



Chagall, M (1937-1952) *RESISTENCIA* (óleo). Museo Marc-Chagall, Niza.

SALMO 130 (129)
SÚPLICA EN LA PEREGRINACIÓN

Ambientación

Nos disponemos a rezar con el famoso salmo *De profundis* («Desde lo hondo»), que ha inspirado a multitud de escritores (Oscar Wilde, Baudelaire, etc.), músicos (Bach, Mozart, etc.), etc.

En esta pequeña, pero intensa oración, el salmista se siente hundido por sus pecados y, «desde lo hondo», eleva su oración al Señor.

También tú eres invitado hoy a rezar a Dios desde tus derrotas y postraciones, las tuyas, las de tu parroquia y las del mundo. Toma conciencia de tu realidad y cuéntasela con sinceridad a Dios.

Tras poneros en presencia del Señor y serenar vuestro espíritu, quizás sería bueno que cada uno comentara una realidad por la que quisiera rezar... desde lo profundo.

Un poco de silencio y comenzamos.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencias: «De profundis» (Arvo Pärt)

<https://www.youtube.com/watch?v=tdoafPTSQpE>;

«En el Señor se encuentra la misericordia» (Athenas & Tobías Buteler):

<https://www.youtube.com/watch?v=lkv6dPPxhvE>

Explicación del salmo

Esta súplica sincera posee dos partes. Primero el orante solicita vehementemente la atención del Señor y le pide el perdón de sus pecados (vv. 1-4). Después pasa de hablar *con* Dios a hablar *de* Dios: declara su confianza en Dios e invita a la comunidad de Israel a esperar la redención que viene del Señor (vv. 5-8).

Dos imágenes ayudan a generar el salmo.

Comienza con la metáfora espacial de las profundidades. En nuestra cultura ser «profundo» es positivo; es sinónimo de autenticidad y riqueza interior. En Israel era una imagen negativa: signo de lo perdido, lo imposible, lo inalcanzable. Así pues, por decirlo con palabras actuales, el orante se siente «hundido». Solo su voz se alza desde

el abismo. Por eso, desde las profundidades (pecado, enfermedad, sufrimiento) eleva su oración al Señor —que es imaginado arriba, en el cielo— y le pide el perdón de sus culpas.

El salmista también usa la imagen de la vigilancia. Como un centinela en la noche espera que llegue la aurora, así el orante espera con ansia que llegue el Señor y lo salve. Uno puede imaginar cuán lento pasa el tiempo del guardián nocturno; pero su esperanza en la alborada lo anima. Así el creyente debe aguardar con paciencia y esperanza al Señor.

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Salmo 130 (129)

¹ *Canción de las subidas.*

Desde lo hondo a ti grito, Señor;

² Señor, escucha mi voz;

estén tus oídos atentos

a la voz de mi súplica.

³ Si llevas cuenta de los delitos, Señor,

¿quién podrá resistir?

⁴ Pero de ti procede el perdón,

y así infundes temor.

⁵ Mi alma espera en el Señor,

espera en su palabra;

⁶ mi alma aguarda al Señor,

más que el centinela la aurora.

⁷ Aguarde Israel al Señor,

como el centinela la aurora;

porque del Señor viene la misericordia,

la redención copiosa;

⁸ y él redimirá a Israel de todos sus delitos.

Los salmos son poemas hechos oración. Déjate llevar por las imágenes del abismo profundo, la vigilancia en la noche y la redención del esclavo. Deja que las palabras del salmo resuenen en tu interior hasta identificarte con su primer orante. Poco a poco.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Según la tradición del via crucis, Cristo cayó por tres veces a tierra. Él probó el barro de nuestras negruras y abismos. Él conoce «lo profundo» de nuestros sufrimientos y pecados. Por eso, podemos rezar este salmo junto a él.

Jesús también exhortó a sus discípulos a velar. En la noche de Getsemaní dijo a los suyos: «Velad y orad para que no entréis en la tentación» (Mt 26,41). Él, como el salmista, recomendaba aguardar al Señor y permanecer vigilantes, como el centinela la aurora. Esta alborada venturosa que el centinela espera con ansia nos recuerda la mañana de pascua, cuando el pecado, la oscuridad y la muerte fueron vencidos.

Por último, Jesús nos enseña a suplicar el perdón divino. Nuestro Padre nos aguarda. Así dice la carta a los Hebreos: «Comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno» (Heb 4,16).

Volvamos a rezar el salmo acordándonos de Jesús, nuestro Señor.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

Tras orar el salmo con su primer autor y con Jesús, ahora nos toca rezarlo con nuestra propia voz e historia. ¿Estás tu también «hundido/a»? No pienses solo en ti. Recuerda a algunos de nuestros amigos que vienen a las acogidas de Cáritas. Muchos de ellos también se sienten «hundidos». Clama con ellos y por ellos: «Desde lo hondo a ti grito, Señor». Pide perdón por un mundo en el que a muchos no se les ofrecen oportunidades; pide perdón porque el pecado destruye interiormente las personas y las familiares y di de corazón: «Desde lo hondo a ti grito, Señor». Pero no todo es oscuridad. Como centinela en la noche, levanta la mirada al cielo: ya se ve entre tinieblas la alborada. «Espera en el Señor... porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa».

Oración final

Escucha, Señor, nuestro grito.
Desde lo profundo.
Mira, Señor, nuestras caídas.
Hasta lo profundo.
Siente, Señor, nuestro dolor.
Bajo lo profundo.
Señor, ningún hombre vivo es inocente frente a ti,
y, sin embargo, tú eres un Dios de perdón.
Perdónanos, Señor.
Líbranos, Señor.
Sálvanos, Señor.
Por la sangre de Cristo
que desde la cruz cayó.
En lo profundo.
Por su santa resurrección
que le hizo alzarse.
Sobre lo profundo.
Escucha, Señor, nuestro grito.
Desde lo profundo.
Amén.

Para pensar: el salmo leído por otros

«El salmo 129 comienza con una voz que brota de las profundidades del mal y de la culpa (cf. vv. 1-2). El orante se dirige al Señor, diciendo: «Desde lo hondo a ti grito, Señor» (...). Es significativo que lo que produce el temor, una actitud de respeto mezclado con amor, no es el castigo sino el perdón. Más que la ira de Dios, debe provocar en nosotros un santo temor su magnanimidad generosa y desarmante. En efecto, Dios no es un soberano inexorable que condena al culpable, sino un padre amoroso, al que debemos amar no por miedo a un castigo, sino por su bondad dispuesta a perdonar»

(San JUAN PABLO II, *Audiencia general*. Miércoles 19 de octubre de 2005).

«R. Ezequías discurre sobre el versículo: “Canción de las subidas. Desde lo hondo a ti grito” (Salmo 130,1). Dijo: Este Salmo es anónimo porque todos los hombres pueden aplicarlo a sí mismos en todas las generaciones. Quien ora ante el Rey Santo debe hacer así desde las profundidades de su alma de modo que su corazón pueda dirigirse plenamente a el Eterno y toda su alma pueda concentrarse en su plegaria. David ya había dicho antes “con todo mi corazón te busco” (Salmo 119,10). ¿Por qué, entonces, ahora ha de proseguir y decir “desde las profundidades”? La razón es que cuando un hombre ora ante el Rey debe concentrar su mente y corazón en la fuente de todas las fuentes, a fin de extraer bendiciones de la profundidad de la “cisterna”, de la fuente de toda vida, de la “corriente que viene de Edén” (Génesis 2,19), que “alegra la ciudad de el Eterno” (Salmo 46,5). La plegaria es la extracción de esta bendición desde arriba hacia abajo. Pues cuando el Anciano, el Omnisciente, desea bendecir el universo, deja que sus dones de gracia se congreguen en esa profundidad superior, de donde han de ser sacados, mediante la plegaria humana, a la “cisterna”, de modo que todas las corrientes y arroyos puedan llenarse de ella».

(MOISÉS DE LEÓN, *Zohar*, obra de los judíos españoles del siglo XIII).

«Desde lo profundo clamo a ti Señor!

Clamo de noche en la prisión

y en el campo de concentración

en la cámara de torturas

en la hora de las tinieblas

oye mi voz

mi S. O. S.

Si tú llevaras el récord de los pecados

Señor ¿quién estaría inmune?

Pero tú perdonas los pecados

no eres implacable como ellos en su Investigación!

Yo confío en el Señor y no en los líderes

No en los slogans

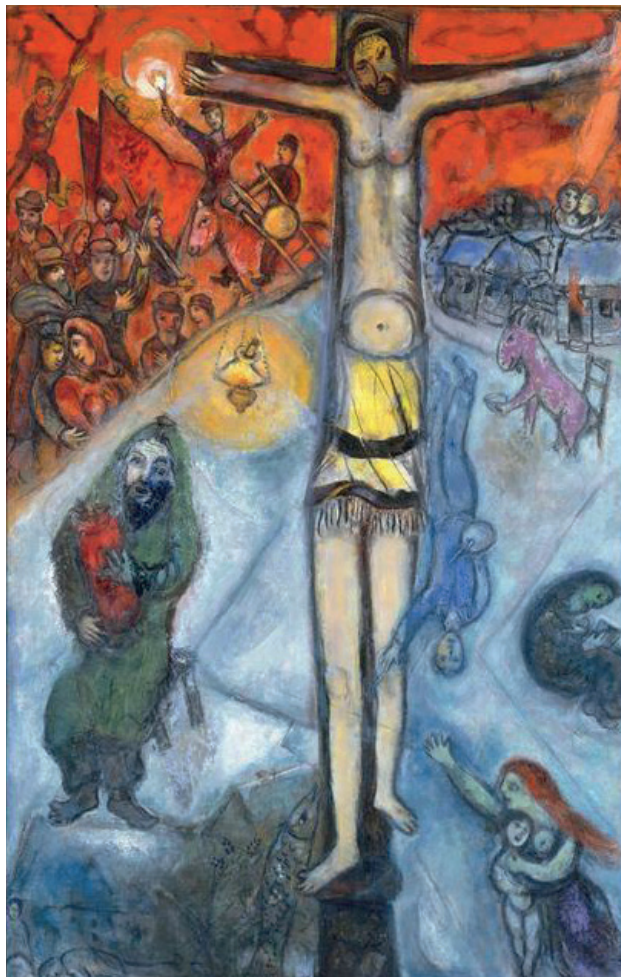
Confío en el Señor y no en sus radios!

Espera mi alma al Señor
más que los centinelas la aurora
más que como se cuentan en la prisión las horas nocturnas

Mientras nosotros estamos presos
están en fiesta!

Pero el Señor es la liberación
la libertad de Israel».

(ERNESTO DE CARDENAL, *Salmo 129*,
<http://www.cervantesvirtual.com/obra/salmos/>).



Chagall, M (1937-1952) *RESURRECCIÓN* (gesso). Museo Marc-Chagall, Niza.

SALMO 118 (117)
LITURGIA DE ACCIÓN DE GRACIAS

Ambientación

Los salmos de súplica suelen terminar con una acción de gracias. Nosotros también terminamos estos guiones con una liturgia de acción de gracias con la que queremos reconocer que la misericordia del Señor es eterna y de él nos viene la salvación.

La oración de hoy es más festiva que meditativa. Alegra tu espíritu. Si estás con los otros miembros del equipo de Cáritas, comienza dando gracias en tu corazón por poder compartir esta oración y el servicio en favor de los empobrecidos con tus hermanos.

El salmo 118 es el libreto de una procesión en la que el rey, en compañía del pueblo, es recibido por los sacerdotes en el templo y celebran una liturgia de acción de gracias. También vosotros podéis preparar la reunión de forma que después tengáis un pequeño ágape fraterno.

Comencemos.

Pausa de silencio o canto meditativo

Sugerencias: «Este es el día en que actuó el Señor» (Salmo 117: Monjes del Monasterio de San Benito): <https://www.youtube.com/watch?v=41rQLntHS2I>
«Este es el día que hizo el Señor» (Salmo 117: Athenas & Tobías Buteler): https://www.youtube.com/watch?v=ULrek3_3TDO

Explicación del salmo

Este salmo es una liturgia de acción de gracias. Encontramos en él muchas repeticiones, propias de las celebraciones rituales; y rúbricas, es decir, indicaciones litúrgicas: «diga Israel», «ordenad una procesión con ramos», etc. El texto relata una procesión de alguien significado, posiblemente un rey, que llega victorioso de una batalla y entra al templo para dar gracias.

El protagonista del salmo cuenta que estuvo en una situación muy apurada. Usa muchas metáforas y algunas hipérboles para expresarlo: el asedio de *todas* las naciones, el zumbido de avistas y el crepitar de zarzas en llamas; los empujones de los enemigos, hasta llevarlo al borde de la muerte. Pero él invocó al Señor y lo escuchó. Por eso ahora, salvado de sus enemigos, da gracias. Su victoria no solo es personal. Alegra

a todo el pueblo. De ahí que haya «cantos de victoria en las tiendas de los justos» (v. 15). Se trata de un salmo a varias voces en el que a veces habla el solista, a veces un sabio o maestro de ceremonias, y a veces responde el coro. Este fenómeno es también propio de la liturgia.

Un conocido estribillo da comienzo y fin al salmo («dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia»: vv. 1.29). La *hesed* («misericordia», «amor») recuerda la alianza de Dios con su pueblo. La asistencia divina en favor del rey es fruto de esta relación.

Primera lectura: rezar el salmo como su primer orante

Si se reza el salmo en grupo, se podrían repartir los papeles de las diferentes voces que aparecen en el salmo: uno hace de solista o rey (vv. 5-7.10-14.17-19.21.28); otro hace de sabio maestro de ceremonias (vv. 1.2a.3a.4a.8-9.15.20.22-23.27.29); y otros hacen los coros (vv.2b.3b. 4b.16.24-26). Ángel Aparicio ha distribuido el compuesto el salmo, distribuido entre las diferentes voces, en el siguiente enlace: <https://www.franciscanos.org/oracion/salmo117.htm>. Aunque sea un poco complicado, será bonito intentarlo.

Salmo 118 (117)

¹Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

² Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

³ Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

⁴ Digan los que temen al Señor:
eterna es su misericordia.

⁵ En el peligro grité al Señor,
y el Señor me escuchó, poniéndome a salvo.

⁶ El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?

⁷ El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.

⁸ Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,

⁹ mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.

¹⁰ Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;

¹¹ me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;

¹² me rodeaban como avispas,
ardiendo como fuego en las zarzas;
en el nombre del Señor los rechacé.

¹³ Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;

¹⁴ el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

¹⁵ Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:

¹⁶ «La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa».

¹⁷ No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.

¹⁸ Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

¹⁹ Abridme las puertas de la salvación,
y entraré para dar gracias al Señor.

²⁰ Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.

²¹ Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación.

²² La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.

²³ Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.

²⁴ Este es el día que hizo el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.

²⁵ Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.

²⁶ Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor.

²⁷ El Señor es Dios, él nos ilumina.
Ordenad una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar.

²⁸ Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo.

²⁹ Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Los salmos 113-118 forman el llamado «*gran Hallel*» (de *hallel* viene «aleluya»; así pues, podríamos traducirlo: «el gran aleluya»). Los judíos rezan estos salmos en las grandes fiestas, especialmente en la celebración pascual. El salmo 118 es el último y culminante. Es el himno pascual por antonomasia.

Vuelve a leer pausadamente el salmo y trata de contagiarte de los sentimientos de acción de gracias, confianza en Dios, alegría y bendición que dominan el texto.

Pausa de silencio

Segunda lectura: rezar el salmo en boca de Jesús

Jesús tuvo constantemente presente el salmo 118 en los últimos días de su vida terrena. Su gozosa entrada mesiánica en Jerusalén fue acompañada por el canto de algunas estrofas de este salmo: «los que iban delante y detrás, gritaban: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”» (Mc 11,9-10; Mt 21,9; Lc 19,18; Jn

12,13; como anuncio de este evento en Lc 13,35).

Ya en Jerusalén, él tomó prestada la imagen de la piedra desechada por los arquitectos, pero convertida por Dios en piedra angular (Sal 118,22-23), para denunciar la hostilidad de sus adversarios y profetizar su muerte y resurrección (Mc 12,10; Mt 22,42; Lc 20,17). Los primeros seguidores de Jesús, tras su victoria sobre la muerte, repitieron sin cesar esta idea (cf. Hch 4,11-12; Rom 9,33; 1 Pe 2,6-7, etc.).

Todavía en la pasión, Jesús volvió a cantar esta preciosa liturgia de acción de gracias que es el salmo 118. Dicen los relatos de la pasión que, tras concluir la cena pascual, «*después de cantar el himno*, salieron para el monte de los olivos» (Mc 14,26; Mt 26,30). Este *himno* se refería al gran Hallel, los salmos 113-118, himnos festivos que se solían cantar al final de la cena pascual.

Hagamos, así pues, un ejercicio de imaginación creyente. Jesús llegó a Getsemaní tras cantar con sus discípulos el salmo 118. En su larga oración de aquella noche, a buen seguro que recordó algunas estrofas del salmo: «En el peligro grité al Señor, y el Señor me escuchó, poniéndome a salvo» (v. 5). ¿Iba el Padre a apartar de él aquel cáliz? «El Señor está conmigo y me auxilia» (v. 6). Lo repetiría sin cesar para recobrar fuerzas espirituales. «Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres» (v. 7). Constataría con amargura esta verdad del salmo, ya que por tres veces encontró a sus discípulos dormidos y Judas, su amigo, lo iba a entregar. «No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor» (v. 17). Este versículo, impugnado en la cruz, fue confirmado en la resurrección. Así lo predijo el mismo Jesús, que usó el Sal 118,26 como anuncio de su última venida, triunfante y glorioso, para instaurar el reino del Padre (Mt 23,39). Ve repasando, uno a uno, cada verso del salmo, imaginando cómo pudo rezarlo Jesús en aquella noche terrible y, al mismo tiempo, necesaria para nuestra salvación.

Este será un precioso modo de unirse a Jesús en sus sufrimientos, para que puedas con él dar gracias a Dios, por la resurrección.

Pausa de silencio

Tercera lectura: rezar el salmo en primera persona

La vida cristiana no solo consiste en ser buenos, intentando cumplir los preceptos de Dios y de la Iglesia. Seguir a Jesús es, antes que nada, reconocer que «El

Señor está conmigo y me auxilia» (118,7). Por eso, vivir en cristiano implica alabar a Dios y compartir esta alegría con los hermanos. Esta preciosa liturgia de acción de gracias nos enseña a celebrar con otros nuestra salvación. Lee el salmo con espíritu de gozo y déjate llevar por él hacia los hermanos, para compartir con ellos la alegría de la fe.

Podéis comentar en grupo qué frase os gusta más y por qué.

Oración final (de Pedro Farnés)

Dios Padre, lleno de bondad,
que en este día del domingo
quieres que se escuchen cantos de victoria en las tiendas de los justos,
haz que la Iglesia, unida al triunfo de tu Hijo,
sea para todos los hombres piedra angular y puerta de triunfo:
para que el mundo, cimentado sobre esta piedra,
tenga también parte, con tu pueblo,
en la victoria de Cristo sobre el dolor y la muerte.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

Para pensar: el salmo leído por otros

«Cuando el cristiano, en sintonía con la voz orante de Israel, canta el salmo 117, experimenta en su interior una emoción particular. En efecto, encuentra en este himno, de intensa índole litúrgica, dos frases que resonarán dentro del Nuevo Testamento con una nueva tonalidad. La primera se halla en el versículo 22: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”. Jesús cita esta frase, aplicándola a su misión de muerte y de gloria, después de narrar la parábola de los viñadores homicidas (cf. Mt 21,42). También la recoge san Pedro en los *Hechos de los Apóstoles*: “Este Jesús es la piedra que vosotros, los constructores, habéis desechado y que se ha convertido en piedra angular. Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4,11-12). San Cirilo de Jerusalén comenta: “Afirmamos que el Señor Jesucristo es uno solo, para que la filiación sea única; afirmamos que es uno solo, para que no pienses que existe otro (...). En efecto, le llamamos piedra, no

inanimada ni cortada por manos humanas, sino *piedra angular*, porque quien crea en ella *no quedará defraudado*” (*Le Catechesi*, Roma 1993, pp. 312-313).

La segunda frase que el Nuevo Testamento toma del salmo 117 es la que cantaba la muchedumbre en la solemne entrada mesiánica de Cristo en Jerusalén: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!” (Mt 21,9; cf. Sal 117,26). La aclamación está enmarcada por un “Hosanna” que recoge la invocación hebrea *hoshia’na’*: “sálvanos”».

(San JUAN PABLO II, *Audiencia general*. Miércoles 5 de diciembre de 2001).

«Esfuézate por ser tú también piedra. Pero para ello no busques fuera de ti, sino en tu interior, la piedra. Tu piedra son tus acciones; tu piedra es tu pensamiento. Sobre esta piedra se construye tu casa, para que no sea zarandeada por ninguna tempestad de los espíritus del mal. Si eres piedra, estarás dentro de la Iglesia, porque la Iglesia está asentada sobre piedra. Si estás dentro de la Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ti».

(San AMBROSIO DE MILÁN, *Exposición sobre el evangelio según san Lucas*, VI, 97-99).



Caritas
Diocesana de Sevilla